

CAPÍTULOS GRATUITOS

Muy profundo: Eterno

Ana Coello

AGRADECIMIENTOS

Escribir para mí es una manera de existir, de vivir, no una vocación y tampoco pienso convertirlo en una obligación. Es una forma de ser, una manera de interpretar el mundo, mi realidad. Escritora, es simplemente lo que soy, y es inherente a mí. Si lo hago bien, o lo hago mal, siempre existe la posibilidad de aprender, de mejorar. Si gusta o no, bueno, eso ya es cuestión personal y yo solo pretendo compartir lo que en mis emociones hay, lograr que quien lo lea, sienta lo que yo al plasmarlo. Pero, sobre todo, ser feliz al hacer lo que soy, lo que está en cada parte de mí. Así que «Eterno» lo dedico a todas esas personas que han creído en mí, a quienes me han apoyado incondicionalmente. Mis hijos, mi esposo, mi familia, Coemas y Nova Casa Editorial, que sin ustedes este camino no sería lo mismo y que me han inyectado la fuerza para continuar y no rendirme. Gracias luces mágicas que dan color a cada uno de mis días.



En las profundidades gélidas de mi mundo, el solo toque de algo celestial pudo cambiar el rumbo de mi andar. Aquel cálido ser le produjo un viraje total al mío cuando se fundió, sin comprenderlo, con mi fría personalidad. La ventana de mi alma se abrió permitiéndole el paso sin desconfiar, porque en el momento que su esencia tropezó con la mía, todo se derritió y eso era lo único que creí, nunca llegaría a pasar. Mi ángel lo cubrió mi vida todo con su manto de paz y su dulce personalidad, logrando conformar lo que ahora es una hermosa realidad muy profunda... eterna.

NOSOTROS

Las olas del mar nos arrullan como cada noche. Ella... mi ángel, como la nombro en mi mente, duerme plácida y sin problemas justo frente a mí, como lo ha hecho desde hace poco más de cuatro años. Acaricio su brazo desnudo pues solo trae un pequeño camisón delgado que la cubre. Es tan hermosa, tan inigualable. La escucho respirar, duerme profundamente, así ha sido este embarazo a diferencia de los otros dos.

Sí, dos.

Ian fue el primero en llegar, justo nueve meses después de que nos reencontráramos y vaya susto que me sacó. Kyana tuvo una labor de parto de muchas horas. Cierro los ojos y puedo revivir ese momento como otros miles a su lado, no obstante, ese fue el que mayor miedo ha generado de toda mi vida. El bebé era grande, como yo, y ella, menuda, de hueso pequeño. Sufrió demasiado. Al final lo logró, como todo, como siempre, pero verla llorar, sudar de aquella manera, gritar una y otra vez, no fue fácil. En ese momento hubiera dado lo que fuera por cambiar de lugar y ser yo quien sintiera ese espantoso dolor.

Odiaba y odio cualquier cosa que la pueda afectar.

Al dar a luz, debido al enorme esfuerzo, su presión bajó estrepitosamente perdiendo el sentido casi de inmediato, a eso es a lo que me refiero con «terror». Todo un equipo de enfermeras y médicos entraron, varios minutos después la hicieron volver. No puedo describir lo que sentí. Mi cuerpo se paralizó y solo pude pensar que mi esencia vital no abría los párpados, que mi motivo principal se encontraba sumergido en un sueño del que no podía regresar. Kyana se descompensó debido a lo mucho que le costó expulsar a Ian, por lo que sugirieron que permaneciera en observación un par de días, ahí, en el hospital. Estaba tan pálida, tan agotada y, aun así sonreía desesperada por tener de una vez a nuestro hijo entre sus brazos. Ese, paradójicamente, fue uno de los momentos más increíbles de mi existencia y sé que solo ella me lo pudo dar. Así es Kyana, mágica.

Justo un año después del nacimiento de Ian, nos enteramos de que Noa venía en camino. Sí, fue un poco rápido, pero igual sabíamos que podría suceder y lo cierto es que lo deseábamos. Éramos felices con aquel pequeñín que ya a su corta edad era todo un huracán, sin embargo, deseábamos tres y pronto. El nacimiento de él fue distinto, sin embargo, se tomaron las precauciones y pese a que terminó igualmente agotada, nada ocurrió salvo el llanto de nuestro hermoso bebé que ya deseaba hacerse notar a tan temprana edad.

Ahora, su barriga es de cinco meses, no es muy grande, y debo decir que, como en los dos embarazos anteriores, se ve preciosa. La diferencia ahora radica en que Mia ha mantenido más fatigada a su madre, y la presencia del par de diablillos, no ayuda. Si no fuera por Fanny, que ahora trabaja aquí, y por Irina, creo que Kyana ya nos habría mandado a volar y es que llegar al atardecer es la locura y salir por la mañana, también. Ese par no da tregua; el mayor tiene ya tres años y medio, y el menor un año y ocho meses. Paso el mayor tiempo posible con ella y los niños, intentamos hacerlo todo juntos, pero a veces me es difícil, la empresa requiere cierta presencia que no puedo eludir y es ahí cuando Fanny, Irina y Kya danzan por toda la casa tras ellos.

¿Qué puedo decir? Soy feliz, demasiado. Amo mi vida, lo que hemos construido juntos. Amo a ese par de pequeños que me inyectan alegría, que me hacen querer ser mejor pero, sobre todo, muero por esta bella mujer que mi corazón eligió desde el mismo momento que entró en ese salón, hace ya trece años.

Pasa de medianoche. No logro conciliar el sueño, eso es raro en mí. Sobre todo con la cantidad de cosas que hacemos a diario. ¿La razón? Hoy terminé de leer lo que ella escribió y no puedo dejar de evocar cada momento de lo que vivió.

Kya, alentada por mí, decidió plasmar en líneas todo lo que sucedió. Ella siempre fue buena con las letras, se hubiese dedicado a ello de no haber ocurrido aquello. Sin embargo, también ama su profesión y es buena, demasiado, en realidad. Solo que desde hace un tiempo lo mantiene en pausa pues entre los niños, nosotros y este proyecto, no tiene tiempo para nada más. Al principio dudó en mostrármelo, lo cierto es que yo temía lo que podría contener y tampoco hablé de ello.

Para los dos no ha sido fácil brincar esos nueve años y mucho menos, lo que los causó.

Jamás me ha hecho sentir responsable, al contrario, sé que le duele verme alejado de ellos, ahora más, pues a ella, a mi madre, le diagnosticaron cáncer terminal y yo... no la logro perdonar, a pesar de saber que pronto su vida se extinguirá. El daño que provocó me acompaña.

Solos, hace un par de noches, acurrucada a mi lado mientras yo acariciaba su barriga desprovista de ropa, —adoro sentirla bajo mis yemas, sin nada que se interponga—, me confesó que lo había concluido hacía unos días, mordiéndose el labio inferior, como aún es su costumbre cuando algo la altera un poco. La besé como siempre, pues esa boca carnosa y angosta me tiene hechizado desde que tengo memoria, nada ha cambiado a pesar de los años.

Ella dejó el impreso sobre el escritorio del estudio, ese que ambos compartimos y que en general se encuentra bajo llave, pues los niños están en un momento en el que todo lo quieren averiguar. Me dijo que era libre de leerlo, o no, que no haría nada con él, pero que ahora que sacó todo de su interior se sentía más ligera y simplemente deseaba que lo supiera, tenía libre acceso a esas líneas si así lo quería.

Por la mañana del día siguiente lo observé, un tanto descolocado, sobre aquella superficie de fuerte cristal. No sabía si sería buena idea. Lo cierto es que no hablábamos mucho de esa época, salvo la noche que decidimos contarnos todo lo que debíamos de saber... no lo hemos hecho

nuevamente. Fincamos nuestra vida sobre alegrías, no sobre etapas de sombras, como es esa. No obstante, la curiosidad ganó. Ella es una mujer asombrosa, pero... no es alguien que narre a detalle un hecho y yo siempre he deseado saber cómo es que la enamoré, cómo es que le hizo caso a una causa perdida como yo, pero sobre todo... necesitaba llenar ese hueco de nueve años. Sí, suena algo obseso, hasta extraño tal vez, pero nada ha sido normal entre ambos.

Cuando vio que lo llevaba en la mano, junto con mi termo de café, me detuvo, evaluándome detrás de esas pestañas espesas e imposiblemente onduladas aún sin rímel. Eso siempre me aniquiló; no levanta mucho el rostro, nada más lo necesario y... me observa elevando solo el globo ocular. En serio me quita el aliento. Sentí su pequeña palma sobre mi antebrazo. Me detuve, por supuesto.

—Si lo lees, tendrás que darme algo a cambio... —susurró con seguridad. Sonreí torciendo la boca. Besé su frente y luego sus dulces labios, mientras Fanny nos miraba sonriendo. Los chicos se encontraban ingiriendo un ligero desayuno para no irse con el estómago vacío.

—Lo que quieras... sabes que no puedo negarte nada —sonrió de ese modo angelical que aún altera mi pulso. Si no hubiesen estado ahí ellos, junto con la otra chica que ayuda a las labores de la casa, la habría tomado en brazos y me hubiera encerrado con ella en la habitación hasta hacerla desfallecer una y otra vez. Sí, la deseo con locura cada momento. Y hago justo eso cuando su abuela o su nana se los llevan de excursión. Sin embargo, me detuve. Tenía que llevar a los pilluelos a sus respectivas escuelas y ella lucía fatigada. Necesitaba descansar.

—Cuando lo termines me dirás lo que piensas, lo que te hizo sentir... —arrugué la nariz mostrando mi desacuerdo. Pero como siempre consigue lo que se propone de mí, pasó sus delgados brazos alrededor de mi cuello, hizo que bajara por completo mi cabeza y me miró fijamente. Dios, en serio me enloquece y es que con esa hermosa barriga habitada es lo más bello que jamás he visto—. La curiosidad gana, ¿no es cierto?, pero juro que todo está ahí, aunque no todo te agrada... Eso explica mi condición —y con sus ojos miel señaló lo que ya había dejado sobre la mesa, para poder rodearla como tanto me gustaba—. Sé que no tocamos el tema a menudo y no es que desee hacerlo... Pero no quiero sentirme ansiosa por no saber lo que piensas sobre lo que escribí...

—De acuerdo... Te prometo que, en cuanto lo termine, te diré lo que pienso...

—Y lo que sientes... —completó ladeando un poco su cabeza. Acaricié su mejilla sonriendo.

—Y lo que siento, Bonita... aunque si lo prefieres, puedo dejarlo —admití. Me besó con cierto temor, lo pude percibir de inmediato.

—No, deseo que lo leas, sabes que lo redacté con el fin de sacarlo de mi cabeza para que deje de vivir en mi alma...

—De acuerdo —ninguno de los dos ocultábamos nunca nada.

—Y si tú quieres decirme algo al terminarlo, lo harás... —continuó. La tomé de la mano y la saqué de una vez de ahí. Subimos las escaleras y cerré la puerta de la habitación. Teníamos tiempo aún. La senté sobre mis piernas, como adoro hacer y acuné su barbilla.

—Kya. Mi vida ese tiempo sin ti sabes que fue... eterna y sí, complicada, pero si deseas que hablemos al respecto lo haremos —desvió la mirada nuevamente mordiéndose el labio. La besé otra vez, ahora de forma más exigente, sin público era fácil dejarme llevar. La escuché gemir al sentir mi actitud.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, pero... sí, a veces me gustaría saber más a detalle lo que ocurrió... aunque siento que moriré de celos al saber que... estuviste con otras mujeres —admitió turbada. Pegué su frente a la mía suspirando.

—Lo leeré, y el fin de semana que Ralph e Irina se lleven a los chicos al zoológico, hablaremos de este tema pendiente, te diré todo lo que desees saber. ¿Qué dices? —Me miró dulcemente, sus ojos siempre han tenido la capacidad de derretirme. Y es que son una mezcla de inocencia y fuerza que sé, atrajo a más de uno, digo, eso sin contar la cantidad de atributos que mi ángel también posee, pero que gracias a Dios, ahora son solo míos.

—Sí, sí quiero que hablemos de ello —soltó con seguridad. Sonreí besándola nuevamente. Era evidente que el revivir aquel episodio traería la necesidad de terminar de limpiar las heridas que produjo la que solía ser mi familia. Ambos nos encontrábamos más fuertes que hace cuatro años, así que sí, era momento de sacarlo para enterrarlo como debe ser.

Hoy lo terminé, justo a tiempo pues mañana los chicos se van. Miles de cosas e imágenes rondan en mi mente y lo cierto es que no son agradables. Leí su versión sin siquiera lograr detenerme, casi de un tirón.

De pronto Kya emite un suave gemido. Sonrió sin poder evitarlo. Sus labios entreabiertos, su precioso cabello desordenado por la almohada. Sus párpados bien sellados custodiando a mi otra mitad. Está girada hacia mí, como suele hacer. Y parece que sus sueños son agradables, pues su gesto es tan relajado y sereno que no puede ser de otra manera.

Acaricio ahora su mejilla con tristeza, con un poco de rabia y sí, también con dolor e impotencia. No puedo creer que haya pasado por todo aquello así, de esa manera, y si creía que la mujer que elegí hace tanto tiempo era fuerte, ahora no sé qué palabra puedo usar para describirla. Lo cierto es que cada fibra de mi ser la ama, por eso nueve años no fueron capaces de extinguir la llama, por eso pasé todo ese tiempo encadenado a un recuerdo latente de algo que aún vivía en mi pecho. Kya fue mi primer amor, sí, claro que así fue, pero era más que eso. Ella entró en mi vida para trastornarlo todo, para voltearla de cabeza desde el primer segundo. No soy un hombre que cree en cosas extrañas, aun así, esa mujer que descansa a mi lado y que me ha regalado los mejores momentos de mi existencia, estoy convencido, está aquí, en este mundo, para vivir a mi lado. Fue creada, al igual que yo, con el mismo motivo: amarnos. No encuentro otra explicación.

Me giro suspirando para mirar el techo con mi brazo sobre la frente. El sueño no llegará por mucho que me esmere, no ahora, no después de saberlo todo, no reviviendo cada momento de aquel tiempo, de nueve años que he dejado con dificultad de lado.

Me levanto, no sin antes arroparla, no hace frío afuera ya que agosto está en pleno, pero el aire acondicionado permanece encendido y su piel se sentía fresca cuando la toqué. Le doy un beso sobre la frente sin preocuparme por despertarla, no lo hará, no con Mía en su interior, como dije, este embarazo la ha mantenido más agotada que el otro par.

Me pongo unas bermudas y salgo sin hacer mucho aspaviento. Camino hasta la habitación de los enanos. Abro la puerta para observarlos. Ambos duermen tranquilamente en sus respectivas camas. Me acerco y beso sus pequeñas cabecitas sintiéndome el hombre más afortunado del mundo. Ellos son aquellos *errores* que tanto deseé y tenerlos aquí, junto a mí, muestra de la fusión de nuestro amor, no tiene comparación.

Bajo observando cómo ha cambiado la casa desde que la construí. Hemos remodelado y asegurado ciertos tramos. Hay juguetes por ahí, una sillita para que Noa coma en la cocina y un par de cojines en otra más alta para que Ian alcance sin problemas sus alimentos. Por ahí hay una cesta con varios de sus juguetes que recojo cada noche antes de meternos a la cama ella y yo. La alberca está continuamente llena de objetos en su interior que hay que sacar, cada fin de semana pasamos un rato ellos y yo ahí. Kya solía unirse, aunque ahora duerme mientras los agoto sin tregua, o nos observa recostada en una de las tumbonas riendo al vernos jugar. Amo cada momento al lado de mis hijos, de mi familia.

Me sirvo agua y la bebo de un solo trago, perdiéndome en la oscuridad de mi hogar. Tantas veces estuve de pie en el mismo sitio sintiéndome solo, creyendo que mi vida sería así. No cabe duda que el destino está escrito, es solo que la ignorancia de su trazo nos hace dar por sentado nuestro futuro. Dejo el vaso sobre la barra de granito, justo al lado del móvil de Kya; suele dejarlo por doquier sin importarle mucho, cuando yo me encuentro en casa, de otra manera jamás pierde de vista ese aparato. Sí, saben que es aprensiva y también amo eso de ella como cada uno de sus defectos, como cada una de sus cualidades.

Muevo mis pies hasta el ventanal del comedor que tiene calcomanías a la altura de los chicos. Tuvimos que ponerlas después de que Ian intentara atravesarlo, sin pensar que el vidrio lo detendría. Su cabecita quedó adornada por un enorme cardenal, mientras lloraba entre mis brazos desconsolado. Logré tranquilizarlo al tiempo que Kya le ponía unguento y le sonreía como suele hacerlo, dulcemente. El susto no pasó de eso, pero aprendimos la lección y funcionó, pues Noa jamás ha tenido un accidente ahí específicamente; sin embargo, ya saben, son niños, cada segundo vale.

Desconecto la alarma y salgo un tanto ansioso de oler la salinidad del ambiente. Amo Myrtle Beach, pero sobre todo amo el mar. Cierro los ojos llenando mis pulmones de ese aroma tan

peculiar. Con los brazos detrás del cuello avanzo hasta las escaleras y desciendo. El rugir del océano es tan vivificante, tan tranquilizador.

Me siento con las piernas flexionadas frente a él, escuchando y observando cómo las olas truenan al contacto con la arena. La luna no está llena, sino en cuarto creciente, por lo que no ilumina demasiado, aun así, logro ver sin dificultad. Recargo mis brazos sobre mis rodillas aún con la cabeza hecha un caos.

En ese escrito descubrí cosas que no imaginé. Por ejemplo, Roger... la besó y nunca lo supe. Aprieto los puños sintiendo cierta impotencia. Sé de él. Aquí todos sabemos de todos. Vive en Florida, tiene un negocio de yates, al parecer su padre le ayudó a montarlo y no le va mal. No obstante, después de la última vez que lo vi y le partí la cara lleno de rabia... Jamás volvimos a cruzar palabra. Y ahora creo que debí romperle algo más que la nariz; un brazo y el cuello hubiese sido perfecto.

Me llevo las manos al cabello sujetándolo con un poco de fuerza. Aquel día en que terminó Kya conmigo... llega a mí como si no hubiese transcurrido el tiempo, como si fuera ayer y puedo sentir, sin dificultad, el asombro e impotencia que trastornó mi cuerpo en segundos.

Salí de su casa tropezándome con los pies. No tengo idea de cómo llegué a la camioneta. Manejé como un loco justo hasta aquí. Bajé desesperado, me quité la playera, me metí en el mar importándome una mierda lo frío que estaba y nadé hasta que mis músculos y pulmones dolieron. No lo podía creer, simplemente no podía ser... Ella no podía estarme haciendo eso. No después de la otra noche. No después de lo que habíamos vivido. Regresé a la orilla, exhausto. Me senté sobre la arena y me dejé llevar por el miedo y dolor que consumía mi ser. Las lágrimas salían sin poder contenerlas. No comprendía a qué venía ese cambio de actitud. No lo podía entender. La amaba, como aún la amo. Sentía que me estaba arrancando la piel, pedazo a pedazo, sin anestesia. Agarré mi cabeza con ambas manos. La rabia corría por mi torrente sanguíneo sin poder contenerla. No la dejaría ir, sabía que sentía lo mismo por mí, lo veía en sus ojos, en su mirada, algo sucedía, algo la tenía así. Desde el jueves anterior había notado el cambio, sus pretextos ahora no tenían sentido. Pero ¿Qué?

En la madrugada llegué a la soledad de aquella casa donde pasé gran parte de mi vida. Anduve hasta mi habitación, sin que nadie se percatara de la hora en que entraba, ni mucho menos iba a permitir que me cuestionaran. Me di una ducha con una resolución en mente. Haría que regresara, averiguaría lo que ocurría y haría que estuviera nuevamente conmigo. No podía respirar sin ella, no lograba verme ni un minuto sin su presencia, sin sus risas, sin su tacto, sin esa forma tan peculiar de mirarme, de acurrucarse sobre mí. Me hacía sentir especial, único, lo más importante en su vida. Adoraba cada detalle de su forma de ser, la manera en la que se manejaba ante los problemas, las palabras que me decía y su forma de creer en mí siempre, sin dudar.

Hacía no mucho había enterado a mis padres acerca de mis planes; ellos, como siempre, no los entendieron, pues no era lo que tenían en mente.

¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo no imaginé que todo lo que pasó después de esa maldita conversación o, mejor dicho, discusión, terminaría de esa manera?...

2

DESESPERACIÓN

Insistí tanto y no tenía idea de que cada vez que lo hacía la destrozaba de aquella manera. No obstante, verla andar por los pasillos del instituto, así, como un fantasma, pálida, demacrada, asombrosamente consumida; no ayudaba. Al contrario, me alertaba, me preocupaba, me mantenía recluido en una zozobra de angustia, de miedo.

Una de esas tardes no lo resistí y busqué a Irina. Algo ocurría. Ella salió del edificio donde trabajaba. En cuanto me vio torció la boca de forma extraña. Nos sentamos sobre una barda, justo a un costado de la agencia.

—¿Qué sucede, Liam? ¿Por qué has venido? —Su voz no era la de alguien feliz; ella también sufría. Agaché la mirada hasta mis pies para luego encararla con decisión.

—Estoy preocupado... por ella —solté sin más. Asintió perdiendo la vista en la calle.

—Lo imagino y... te comprendo, sé que todo esto no es normal, Liam, pero... no sé qué decirte. No permite que me acerque... Por otro lado, no debo interferir, no en las decisiones de ese tipo —Resoplé compartiendo su opinión. Esa mujer siempre fue respetuosa y una madre formidable pero no intrusiva, no invasiva.

—No es lo que busco, ni lo que quiero... lo juro, ese es mi problema y yo... veré qué hacer...

—¿Entonces? —giró hacia mí. Eran tan parecidas que me encontré sonriendo al evocar a la razón de mi existir. Sí, Kya ya era para esos momentos mi alma, mi vida.

—Tengo miedo de que algo le haya ocurrido. No la reconozco y no la veo bien —Irina me observó con tristeza y los ojos enrojecidos. También lo pensaba.

—¿Tienes idea de cuántas cosas han pasado por mi mente estos días? Te entiendo, Liam, pero ella jura que no ha ocurrido nada, que... simplemente —me miró compasiva y con suma ternura—, ya no desea estar a tu lado, que... no le agrada encontrarse en una relación tan seria y yo... no puedo objetar nada respecto a eso... Me deja sin argumentos.

—¿También crees que somos muy jóvenes? —Ella negó sonriendo.

—No, o bueno, sí, en parte. Creo que para los sentimientos no hay edad, sin embargo, aquí no importa lo que crea o no, sino lo que ella está dispuesta a dar y Kya no quiere estar contigo por ahora...

—Pero está triste, ojerosa, no la veo bien, Irina, ¿cómo puede decir que quiere eso y estar así?
—Se encogió de hombros torciendo los labios.

—No me corresponde a mí responder eso. Supongo que... el hecho de que no quiera algo más... formal, no la exime del dolor que le genera. Pero... no lo sé, Liam, yo tampoco comprendo nada y está resultando absolutamente frustrante... —ambos permanecemos en silencio unos minutos.

—Insistiré —dije, más para mí que para ella.

—Lo sé... esa también es tu decisión —de pronto puso una mano sobre mi brazo, clavando con apremio sus ojos marrones sobre los míos—. Si tú llegas a averiguar algo que yo desconozca, quiero que me lo digas...

—Lo juro, Irina —nos levantamos al mismo tiempo.

—Liam... no soy tu madre y estamos hablando de mi hija, pero... te daré un consejo; hay ocasiones en que es importante saber retirarse, si ella ya tomó su decisión podrías contemplar respetarla.

—Si no me viera como aún lo hace, la dejaría en paz por mucho que me doliera, pero no puedo... Sé que me quiere todavía, que no me deja por lo que dice y eso es lo que me da derecho a no rendirme —Ella suspiró asintiendo.

—Comprendo de qué hablas... —no diría más y era lógico; hablábamos sobre su hija, y yo era el exnovio que iba a buscarla, ¿qué se supone podía decirme? Acunó mi mejilla con cariño—. Eres un gran chico, cuídate, ¿sí? —Asentí sonriendo por primera vez en días. Sentir el reconocimiento de un adulto, más aún el de su madre, me hizo sentir valioso, importante y capaz de lograr lo que me proponía; tenerla a mi lado para siempre.

—Gracias, Irina, eso haré...

Esa misma tarde permanecí nuevamente en la playa esperando a que algo se me ocurriera, y es que ya prácticamente había agotado todos mis recursos.

Kellan llegó adivinado que ahí me encontraría. Mi amigo ya no sabía qué decirme, cómo acercarse. Me vio ser presa de la ira, de la rabia, de la impotencia. Estuvo en mi habitación aquel fin de semana que Kya se fue a Monterrey. Juraba que no volvería, que nunca más la vería y el miedo que me atenazó estuvo a un paso de terminar conmigo. Mi recámara terminó volteada y cuando digo volteada, es literal. El colchón por un lado, mis cosas rotas o desfiguradas por doquier, la computadora, los adornos, todo. Rompí todo mientras él permaneció en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho observándome en silencio. Me conocía de siempre y sabía que nada podría hacer para calmarme, menos cuando se trataba de Kyana. Acabé exhausto horas después, sentado en una esquina con la cabeza entre mis manos y las rodillas flexionadas llorando de rabia, de la mayor impotencia.

—Roger —solté de pronto sobresaltando a mi amigo, que se encontraba sentado a unos metros en la arena. Me miró enarcando una ceja.

—Liam... ¡Basta! —Me rogó poniéndose de pie al mismo tiempo que yo. Negué decidido.

—Ya te dije que no, no mientras la vea así. Tú mismo lo has dicho, ella está mal, su madre también lo sabe. ¡No! Debo encontrar la manera de saber lo que ocurre y ese imbécil puede que sea el responsable —cerré los puños encaminándome hacia la camioneta. Kellan se ubicó frente a mí, ya rabioso. Lo conocía, él era igual que yo, por lo mismo no me amedrentó.

—¿Por qué no puedes simplemente aceptar que no desea ya estar a tu lado? ¿Eh?, ¿Cómo pretendes que esté bien si no la dejas en paz?! Por Dios, Liam, date cuenta de cómo estás, la sigues, la acosas... —Apreté la quijada acercándome hasta casi rozar su aliento.

—Ni en un millón de años, ¿comprendes? Ella me quiere, y me importa una mierda si crees lo contrario. La conozco, algo ocurre... —lo esquivé, pero nuevamente se ubicó frente a mí—. No permitiré que vayas a casa de Roger. Maldición, Liam. Abre tu maldita cabeza de una jodida vez. Kyana no quiere estar contigo... ¿De qué otra manera quieres que te lo diga? —Lo sujeté por la playera, rabioso. Le importó poco.

—Entiende algo, Kellan. No es verdad lo que dice, no es verdad —estaba seguro. En la salida del instituto le volví a dejar una flor en su auto. La espí a unos metros. Su expresión de dolor cayó, se desmoronó. Eso no era posible si realmente no quisiese nada conmigo. No pensaba acercarme, lo juro, pero no lo pude resistir y pese al temor que vi en sus preciosos ojos miel la besé y ella... me correspondió hasta que el maldito celular sonó. El entrenador me buscaba. Lo que vi en su mirada fue peor que todo, era por eso que estaba convencido de que algo pasaba. Mi ángel tenía miedo, lo podía sentir, oler incluso.

—Si vas a casa de Roger la tregua terminará... Sabes que no se ha metido con ella, todos lo hemos vigilado. Kyana jamás está sola, ¿a qué hora pudo hacer algo como lo que tu retorcida mente ya está pensando? ¡¿A qué hora?! —

—¡Ahhh! —Grité lleno de frustración. Era cierto. Cuando ese hijo de perra la aventó contra los casilleros, hacía varios meses, lo busqué y lo amenacé. Yo solía ser un chico sin temor a nada, impulsivo. Así que bastó ese acto para que aflorara en mí esa parte que luchaba por mantener alejada cada día, no deseaba que me viera así, me esforzaba cada minuto para brindarle la mejor versión de mí mismo, cosa que logré, pues su cercanía siempre me sosegaba, me hacía sentir sencillamente feliz.

Sin embargo, cuando se trataba de ella, de su bienestar, jamás dudaba. Y ahí estaba yo en la puerta de la casa de ese animal después de dejar a Kya en la seguridad de la suya con esas malditas puntadas en la cabeza. Sabía que se acostaba con la hija menor de edad de su madrastra, y eso... su padre —tradicionalista hasta lo indecible— nunca lo admitiría, sin contar que frente a nuestras narices coqueteaba con la señora, incluso apostando que lograría llevársela a la cama. Enfermo... lo sé. Pero así era él, o en eso se convirtió. Le juré que si lo volvía a ver cerca haría de todo para que se

enterara su familia, pero además, lograría que el entrenador lo sacara del equipo e incluso reportaría lo que hacía: carreras clandestinas en las afueras del condado. Por no mencionar que en algunas fiestas solía meterse tontería y media que lo mantenía siempre así: tenso, alerta; y que se las averiguaba para aprobar el antidopaje.

Yo callé, y él se alejó.

No obstante, nuestra amistad ahí terminó, pues si yo lo volvía a tocar... la tregua quedaba rota y viceversa. Era por eso que Kellan estaba seguro de que no era el responsable, nadie había abierto la boca y él ya estaba admitido para una buena universidad gracias a la beca deportiva, no arruinaría su futuro, su padre jamás se lo perdonaría. Por otro lado, sin que ella jamás sospechara, los chicos y yo siempre estábamos alerta, aun sin haber limado las asperezas, sabíamos que Roger enloquecía y ninguno deseaba que volviera a ocurrir algo siquiera cercano.

—Ya no sé qué más hacer —admití un tanto vencido. Kellan puso su mano sobre mi hombro. Poco comía, y qué decir de dormir, me mantenía irritado, molesto, callado. Me perdía por horas o nadaba hasta que mi cuerpo lo sentía arder. Ya era imposible continuar más con ese ritmo, mi amigo lo sabía. Entre él y Fanny no paraban de atosigarme. Aun así, yo no lograba emerger de ese agujero en el que caía cada día más y más. Sin Kyana ya nada valdría la pena.

—¿Por qué no pruebas darle tiempo? Dale espacio, Liam... —Lo miré abatido. ¿Cómo hacer eso si cuando la tenía cerca algo dentro de mí se activaba y podía percibir su calidez derretir como siempre mi alma? ¿Cómo?

—¿Y si se va?

—¿Y si te termina aborreciendo? —argumentó enarcando una ceja. Negué zafándome.

—Ella me quiere —repetí. Kellan resopló. Se cruzó de brazos observándome, serio.

—Supongamos que así es, y digo supongamos porque no veo que así sea... Pero en fin... pensemos que te quiere... Por ahora no desea estar a tu lado, Liam, no quiere tenerte cerca... Eso no es un delito, ni merece la pena de muerte, es una decisión. Nunca has pensado que ella podría no quererte de la forma que tú lo haces.

—No... —y era cierto. Jamás lo pensé. Con Kyana todo fue despacio, yo siempre di los primeros pasos. Ella es noble y demasiado leal, así que desde el momento en que decidió estar mi lado supe que lo hacía con todos sus sentidos, con su mente y su corazón. Además... no era estúpido, lo sentía, eso no se puede actuar, ni ocultar.

—No seas soberbio —me rogó, frotándose la cabeza. Pobre, no se lo ponía nada fácil, pero... ¿Qué más le podía decir?

—Sabes bien que no es eso. Tú mismo la ves a diario. Emma te lo dice, Max, Ray, todos están preocupados —le recordé abriendo los ojos.

—Por lo mismo, Liam, puede ser que tu actitud la tenga así... ¡Compréndelo de una maldita vez! ¡Kyana ya no desea estar contigo!

—¡No soy imbécil, eso lo sé... pero no por los motivos que tú dices. No la conoces como yo, Kellan, nadie lo hace. ¡Algo ocurre, algo pasa!

—De acuerdo, haz lo que quieras. Pero si sigues así esa chica te va a acabar odiando, se irá a Monterrey y jamás la volverás a ver —eso fue lo que me dijo en esa misma playa cuando la confronté, creyendo que lograría algo, que... se rendiría y dejaría de lado ese absurdo.

Tomé aire con dificultad. Probablemente debía dejar pasar unos días... darle su espacio como decía él. La próxima semana sería la entrega de diplomas, la graduación, el baile... Todavía tenía tiempo, ¿no?

Al día siguiente... sucedió lo de aquel gran hijo de puta que la besó. Todo fue tan irreal como si de pronto el cielo se tiñera de un color inexistente. Tan solo veinticuatro horas antes mis labios estuvieron sobre los suyos y bueno, algunos anteriores también y es que cada vez que la besaba ella se rendía. Su boquita sonrosada cedía de inmediato sin oponer resistencia. Por eso el secuestro exprés, por eso las flores naranja que sé adora. Por eso buscarla, llamarla, está bien, acosarla. Pero es que Kya se me escurría entre las manos y no lograba sujetarla, hacerle ver que lo mejor era permanecer juntos. Sin embargo, cuando ese sujeto la aferró con aquella confianza rodeando su delgada cintura, probando esos labios que me pertenecían; todo mi mundo colapsó y la conversación con Kellan el día anterior cobró, en instantes, otros tintes. ¿Esa podría ser la razón? ¿Otro chico?

Vi rojo, lo juro. Por eso me fui contra él con toda la maldita intención de matarlo hasta que mis amigos me detuvieron. Enseguida la busqué con la mirada, se había ido, pero yo no daba crédito. Por eso fui tras ella, por eso... le dije que hubiera deseado jamás conocerla y le escupí todo eso sobre la felicidad, porque en ese momento de verdad lo creí. Mis sueños, mi futuro, mi corazón, todo explotó como si un fino cristal fuese estrujado frente a mi rostro y miles de esquirlas salpicaran todo a su alrededor. Ese maldito momento, ese espantoso instante en que rocé por última vez sus labios, en que me miró de esa forma tan extraña, jamás lo logré sacar de mi mente, de mi vida, de mis recuerdos.

Y allí comenzó mi existencia sin ella, sin sus risas, sin esa forma tan peculiar de verme, siempre bajo sus espesas pestañas. Sin su delgado y delicado cuerpo aferrándose al mío con aquella urgencia, con esa maldita ternura que me iluminaba. Kya me hacía sentir como el eje de su ser y, definitivamente, ella era el mío. Ahí comprendí que esa chica de aura limpia, de energía dulce, de sentimientos nobles, se apoderó de mi voluntad, de mi cabeza, de mi alma, e incluso de mi futuro y mis sueños durante esos meses. Entendí, con rabia, mucho dolor y asombrosa impotencia, que... lo que tenía por delante... sería aún peor que esos días espiándola, acosándola, rogándole.

OSCURIDAD

Max y Kellan salieron tras de mí después de dejar a una Kyana temblorosa y de color mortecino en el umbral de su casa.

Llegué a la que se supone que era la mía. Salvo Fanny, y la decena de personas que la mantenían impecable... estaba desierta. No podía más.

Llevaba varios meses sin probar una gota de alcohol, pues con ella, asombrosamente, deseaba, en todo momento, estar con los sentidos bien despiertos para entender y presenciar cualquier cosa que saliera de su preciosa boca o de sus ojos.

Sí, esa era la razón. No era que algún día hubiese tenido problemas con la bebida, no obstante, adolescente, con el mundo a mis pies, sí, era común encontrarme con una cerveza en la mano o ebrio en la cama con alguna chica después de una fiesta, ese era yo. Sin embargo, en cuanto apareció mi ángel, no miento, todo giró en dirección contraria. Aún ahora, trece años después, para mí eso no tiene explicación, pero fue real, indescriptiblemente real. Ella introdujo su inocente mano en mi pecho y me trastornó, me conmovió, me estremeció, cimbró mi vida hasta el punto de desear, con fervor, ser otro para poder merecerla.

Tomé una de las botellas que mi padre tenía en la millonaria cava, donde no solo había vino, sino que contaba con cualquier cantidad de bebidas que a cualquier mente concedora pudiera antojársele. Le quité la rosca sin esfuerzo y sin fijarme en lo que me llevaba a los labios, me la bebí ahí, de pie en aquel lugar hecho de madera.

Max y Kellan aparecieron de pronto agitados con Fanny por detrás. Los observé sin ninguna expresión y volví a darle un enorme trago al whisky, adiviné por lo amargo. Era imperioso olvidarme de todo lo que pasaba, de todo lo que me estaba doliendo.

—Will, deja eso... no solucionarás nada —me rogó aquella buena mujer que siempre se preocupó más por mí que mis padres. Pasé a su lado sin mirarla y salí con aquel objeto de cristal en la mano.

—¡Liam! —Gritó Kellan. Volteé dándole otro sorbo indolentemente.

—¡Lárguense de aquí! ¡Déjame de una maldita vez en paz! —Anduve hasta quedar a unos centímetros de su rostro—. Ya has de estar contento con esto, ¿cierto? Me vio la cara, andaba con otro y yo de imbécil rogándole. ¡Todos váyanse a la mierda! —bramé, girándome nuevamente para ir a esconderme en mi habitación, esa que ya se encontraba de nuevo impecable y que ya no tenía adornos, nada que dijera que era mía.

—No solucionarás nada así... Lo sabes. Mañana tenemos una prueba, hoy hay entrenamiento... el partido. ¡Maldición! —Alcé la botella sin detenerme.

—Dile «salud» al entrenador de mi parte —y me perdí hasta llegar a las escaleras.

Unos minutos después entró Max a mi cuarto. Lo observé ya sintiendo cómo el líquido comenzaba a atontarme. Se sentó a mi lado sobre el piso, me quitó la botella y cuando iba a chistar, le dio un gran trago sacudiendo la cabeza un segundo después.

—Piérdete si es lo que deseas... —me la tendió nuevamente limpiándose con su brazo los labios. Lo miré arrugando la frente—. Kellan fue al entrenamiento, algo inventará.

—¿Qué diablos pretendes? —Lo confronté ya con la cabeza tambaleante y los ojos pequeños.

—Cuidar tu borrachera, Liam, nada más... Creo que... esta vez es justificada, hasta yo estoy asombrado...

—¿No te da gusto todo esto? —Le pregunté con ánimo venenoso, dándole otro trago a la bebida que para ese momento ya no quemaba mi garganta. Sabía que no era así, la amistad entre ambos si bien no era la que solía cuando más jóvenes, sí iba cuesta arriba.

—Dame eso —y volvió a quitarme el objeto de mis manos y bebió. Sonreí torciendo la boca—. Siempre has sido un maldito imbécil, Liam, pero... debo admitir que desde que... ella llegó, ya nada fue como solía... y tú... más que ninguno... cambió. Y sí, hace un año hubiera dado todo por verte pasar por algo como esto, pero ahora... —meneó el líquido ámbar, que inevitablemente me recordó a sus ojos, reflexionando—, sé que sufres, que... Kyana... —giré apretando la quijada sintiendo que la rabia y el odio retornaban, barriendo todo a su paso.

—No la menciones —rugí por lo bajo. No deseaba que nadie la nombrara, nadie.

—Bien, de acuerdo... dejemos de hablar y bébete esto de una maldita vez para que yo pueda dejarte como bulto en la cama... ¿Estamos?

—Quiero estar solo —pedí ya mareado y sintiendo que las lágrimas se asomarían en cualquier momento. Mi alma se estaba quemando lentamente como cuando se prende una hoja de papel de un extremo y el fuego se va extendiendo.

—Ni hablar, ¿cuál es la diferencia de embriagarte hasta quedar como idiota con alguien a hacerlo solo? No me iré, estás fuera de control, Liam —bufé aventándole la botella para que la agarrara, al tiempo que me ponía de pie.

—Entonces me largo... —anuncié saliendo de la habitación. Fue tras de mí como suponía.

—Maldición, ¡ve cómo estás! —Cerré mis puños deteniéndome, pero sin girar— ¡No puedes conducir así! —Alcé el dedo medio y continué. Necesitaba estar solo, que me dejaran de una vez en paz.

No lograba acomodar nada en mi cabeza, mi corazón estaba desapareciendo dentro de mi pecho y la imagen de ella besando a ese hijo de puta no lograba borrarla de mi mente, por mucho que lo intentara.

La odiaba y la amaba ¿cómo convivir con ambos sentimientos? Kyana se convirtió, de esa forma delicada que la caracterizaba, en mi vida, en la esperanza de un futuro lleno de alegría, de sueños, de sonrisas. Y ahora así, sin más, me repudiaba, me hacía a un lado, me rechazaba tirando a la basura todo lo que habíamos planeado. No, simplemente no lograba comprenderlo.

Me monté en la camioneta sin que él ni nadie pudiese detenerme y manejé de nuevo hasta aquí. Esta playa que ha sido testigo de lo peor y de lo mejor de mi existir. Corrí, corrí hasta sentir que ya no podía más, hasta que me quedé sin aire, hasta que mis músculos temblaron, hasta que no fue posible continuar. La noche llegó, no me importó, nada en realidad. Me senté justo en el tronar de las olas y permití que el mar me empapara, que de alguna forma se llevara la pena que me embargaba.

Lloré, lloré sabiéndome solo al fin. Con la cabeza revuelta escondida entre las piernas. Ese... ese creo que ha sido uno de los días más difíciles de mi vida. El frío no me importó, estar empapado tampoco, si me daba pulmonía mejor. Sin percatarme caí rendido ahí, a la orilla del mar. Intentando olvidar todo lo que me hizo vibrar.

Un dolor insoportable en la base del cráneo y agua sobre mi rostro, me hicieron despertar. Abrí los ojos de golpe, atontado, sintiendo que me ahogaba.

Kellan.

Mierda.

—¿Qué te sucede?! —Bramé enderezándome de un salto. Observé su mano. Una maldita jarra vacía. De alguna manera sabía que lo estaba disfrutando, miles de veces yo lo levanté de aquella manera para después doblarme de la risa en su cara.

—Tienes un examen, y por mucho que desees tirarte a la depresión no dejaré que te lo saltes. Así que párate de una maldita vez —se giró ya vestido y salió de su habitación. Miré a mi alrededor, estaba en su casa. Resoplé, dejándome caer en el colchón. ¿Por qué jodidos no me dejaban en paz? —. ¡Liam! Mamá ya trae la cubeta, así que más te vale que saques tu trasero de la cama —gritó. Sabía que esa mujer; que siempre vio por mí, era muy capaz. Me puse de pie sintiendo la cabeza martillar y cada musculo tenso. Me duché, tomé algo de ropa que ahí solía tener y bajé serio. Candance, su madre, me observó afligida. Odiaba que me vieran así. Me tendió un vaso con jugo que rechacé amablemente. Su padre no estaba pues seguro ya había ido a llevar a sus dos hermanos menores.

—Aunque no quieras tomarlo, lo harás... Es de naranja y le adicioné vitaminas... —se ubicó frente a mí con los ojos entornados. Ella siempre lograba infundirme respeto—. Ayer casi llamo a un médico y sé que no has comido bien. Fanny ya no sabe qué hacer, así que si no quieres que te trate como a un bebé, bécete esto y come, William, no lo repetiré.

—Gracias, Candance, pero... tengo una prueba a primera hora, debo irme ya.

—Me importa un comino eso, de esta casa no sales sin comer. Punto. Ya después te dejaré de fastidiar y... bueno... Sabes que no me gusta verte así, pero no lo puedo evitar... el dolor se tiene

que vivir, Will. Así que en ese territorio no me meteré... Aunque si quieres un consejo —se acercó a mi oreja haciendo que me agachara—. Lucha por esa niña, ella supo sacar a flote ese chico maravilloso que eres —se dio la media vuelta y salió de la cocina con su café en la mano. Sabía bien que no me atrevería a desobedecerla.

Kellan y yo ingerimos los alimentos en silencio. No estaba molesto, probablemente agotado de estar tras de mí, pero ambos sabíamos que yo hubiese hecho exactamente lo mismo. Salimos unos minutos después, mi camioneta ahí estaba aparcada, me aventó las llaves y se dirigió a la suya.

—Más te vale que llegues, no pienso volver a buscarte por todo el maldito condado otra vez —lo miré sin mostrar ningún gesto. Se acercó evaluándome con desespero—. Estuviste a nada de ahogarte, imbécil —Pestañeé sin comprender. Exageraba. Negó con la cabeza girándose.

—No seas dramático, no me dejan en paz, ¿qué mierdas quieres que haga? —Me tomó de la camisa acercándose hasta su rostro, al tiempo que yo aferraba sus brazos comenzando a molestarlo.

—Te quedaste dormido en la orilla del mar, idiota, las olas ya comenzaban a llevarte. Mierda, Liam, ¿Pretendes suicidarte? —Me lo quité de encima con fuerza. No pensé en ello, bueno, ni en nada en realidad, lo único que deseaba era olvidar, borrar de mi memoria su sonrisa, su mirada inocente, sus carnosos labios.

—¿Cómo mierdas crees que iba a saber que eso ocurriría? Además, no soy un maldito cobarde —me miró de reojo bufando.

—Ella de verdad te trastornó —me acerqué nuevamente poniéndome a un par de centímetros de su rostro.

—Ella vio en mí lo que nadie, ella... ella —sacudí lentamente la cabeza evocando de nuevo lo del día anterior. La rabia retornó golpeándome con odio.

—Ella, Liam, te dejó, y espero que de una vez lo entiendas antes de que cometas una locura... Ayer tuvimos que buscarte todos los del equipo y los demás. ¿Tienes una puta idea de lo que llegamos a pensar? ¡Eh! —Me tomó por la nuca, rabioso—. ¿Tienes una maldita jodida idea? ¡Cuando te encontramos estabas helado, maldición! Así que te advierto, si no controlas todo esto haré algo que no te gustará —me zafé de él desconcertado y sin decir más subí al auto.

Me importaban un carajo sus amenazas. Mi vida se desmoronaba como un castillo de arena frente a mí y no podía intervenir, solo contemplarlo caer sin remedio, sin solución.

Cuando llegué al instituto las miradas de todos se posaron sobre mí y yo lo único que deseaba era sacarles los ojos uno a uno. Nadie se acercó, paradójicamente, salvo Max y Luck.

—¿Qué tal la resaca? —Gruñí sin girar al tiempo que aventaba todo en el casillero y algunas cosas caían. De inmediato uno de sus libros llamó mi atención, no lo había visto. En medio de ese muladar que era últimamente mi vida, seguro podía encontrar muchas más cosas que pasé por alto, en mi afán de que ella regresara a mi lado.

Sin poder evitarlo, recordé de inmediato cuando lo colocó ahí; íbamos tarde a nuestras respectivas clases. Pero entre risas y besos no nos percatamos de la hora y es que en cuanto comenzó el receso la rapté y la llevé hasta aquel lugar donde nunca nadie nos veía, un sitio arbolado junto a las canchas. Siempre necesitaba de Kya, tanto como ahora. Sus besos eran un tremendo narcótico, incluso cuando no estaba a mi lado, solo podía pensar en que deseaba volver a probar sus delicados y deliciosos labios. La imaginación no me daba para comprender lo que ella me hacía sentir, al mundo que me transportaba con una caricia de sus dulces dedos, son sus palabras siempre mesuradas, tiernas, junto a su mirada tímida e intrigante. Por supuesto se resistió, me conocía, sabía que la deseaba, y aunque jamás, jamás, hubiese hecho algo que no quisiera o algo que la incomodara, unos inocentes besos apasionados no dañaban a nadie, menos a mi ángel, ¿no?

—Liam... nos van a ver —susurró mirando alrededor nerviosa. Reí sin detenerme. Mientras ella, sin oponer resistencia, dejaba salir su personalidad aprensiva que me fascinaba.

—Nadie se fija, Kya —tenía sus mejillas sonrosadas, pero rio comprendiendo que era verdad. Al llegar dejó aquel libro sobre un tronco y se pegó a mí. La rodeé de inmediato buscando sus labios, ella ya tenía su rostro elevado esperando a que hiciera justo eso. La besé con exigencia, con demencia, mientras se dejaba llevar sin oponer resistencia enredando sus manos en mi cabello para que no me alejara, cosa que no ocurriría. Ni loco me separaría de esa apetecible boca.

—Ya quiero que estemos juntos allá —se refería a la universidad. Sonreí acomodando un rulo tras su oreja, adoraba la sensación de su cabello en mis yemas. Era como un pedazo de seda que te invitaba a tocarlo.

—Ya no queda mucho —le recordé. Pronto hablaría con mis padres y entonces todo quedaría definido. Nunca sospeché hasta qué punto.

—Será genial —sonrió con alegría y despreocupada. Besé su frente absorbiendo ese inigualable aroma, dulce, flores, frutas... Me enloquecía.

—Será perfecto, Kya... y ya te dije —alcé su barbilla con uno de mis dedos, provocando así que sus ojos ámbar me miraran con atención—, jamás será de otra forma —Se puso de puntillas y besó mi boca aferrándose a mi nuca.

—Sabes bien que eso es lo único que quiero... nunca podría ser otra manera, Liam —después de eso no pudimos separar nuestros labios.

Apreté el libro sintiendo un inmenso dolor, decepción, ansiedad... odio. ¿Por qué me decía con frecuencia todo aquello?, ¿por qué permitió que la amara de esa manera?

Max y Luck aún seguían a mi lado. Le tendí el libro con rabia contenida.

—Dáselo, no quiero una maldita cosa suya aquí —expresé, al tiempo que aquel, que algún día osó darle un beso a la luz de mi penumbra, lo sujetaba.

—No ha llegado... —alcé la vista indiferente.

—Por mí que no regrese —refuté alejándome de ellos.

En cuanto acabó la prueba me largué. Responder no me costó trabajo. No después de tener a mi lado a aquella chica que me demostró por meses que mi cabeza podía almacenar todo lo que deseara si me empeñaba. Salí de ahí con urgencia. Por mucho que la aborreciera su ausencia me aplastaba, me dolía y algo se estaba removiendo en mi pecho, algo similar a un mal presentimiento.

Luck me interceptó casi cuando llegaba al Jeep.

—¿A dónde diablos vas? —Giré ya hartó.

—A la playa y no quiero que nadie me siga esta vez... —le advertí con furia.

—Liam, para... —me pidió.

—No me mataré... no soy un imbécil, solo quiero estar solo. ¿Es tan complicado de entender?!

—El ambiente en la escuela era extraño, deprimente si me preguntaban, y en combinación con mi estado anímico, era peor.

—Hay entrenamiento —me recordó. El fin de semana era el último juego.

—Ahí estaré, pero mientras tanto no quiero que nadie me busque —bramé apretando la puerta.

—De acuerdo, pero si no llegas hablaremos con el entrenador —no lo miré, pero asentí.

Pasé la mañana ahí, observando la marea, escuchando el tronar de las olas. Evocando cada cosa, cada detalle, cada caricia, cada palabra. Ya todo había terminado y yo junto con ello.

Por la tarde llegué a entrenar. El domingo era la final, no les fallaría a lo demás por mucho que mi interior estuviera seco, devastado. No obstante, salvo las órdenes que tenía que dar y lo que debía hacer, no lograron sacar de mí nada más.

El amanecer del sábado llegó sin que yo hubiese logrado tener un sueño reparador. Su boca sobre la de él todavía rondaba mi cabeza y estaba seguro, rondaría mucho tiempo más. Por otro lado, me carcomían los celos. El día anterior no fue en toda la mañana al instituto, lo supe en el entrenamiento. Seguro estaba con ese malnacido, y las ganas de ir a buscarlos y volver a dejar su rostro desfigurado, me quemaron. No lo hice, no deseaba ser humillado nuevamente, no por ella, no así.

La puerta se abrió sin aviso. No tenía idea de qué hora era. Pero yo permanecía sin ducharme, con la vista perdida, sentado sobre el colchón y las piernas flexionadas. Me sentía vacío.

—Liam —giré. Era Kellan. Ese chico era incansable y ahora se lo agradezco infinitamente. Sin él, no tengo mucha idea de qué hubiese sido de mí esos días.

—¿Qué quieres?... —Mi voz sonaba rasposa. Su mirada me alertó. Lucía... preocupado, nervioso.

—Dúchate —ordenó intentando sonar sereno. Arrugué la frente.

—Kellan, en serio, déjame en paz —mascullé perdiendo de nuevo la vista con indiferencia. Se colocó justo donde yo veía.

—Tienes que acompañarme, hay algo que... —entorné los ojos esperando. No hablaba y me observaba realmente asustado.

—Me importa una mierda lo que sea... Ahora déjame solo, a la hora del entrenamiento ahí estaré, no me pidas más porque no lo haré...

—¡Mierda, Liam!... Se fue —susurró esto último casi con ánimos de que no lo escuchara. El corazón dejó de bombear sangre por todo mi cuerpo. Mis párpados se detuvieron. Mis pulmones dejaron de trabajar—. ¿Escuchaste? —Insistió arrugando las comisuras de sus ojos—. Liam, Kyana se fue de Myrtle Beach —esa fue la oración más tenebrosa, y desgarradora que había escuchado a lo largo de mis casi diecinueve años, en un par de semanas los cumpliría, y ella, en agosto. No me moví por varios minutos en los que mi amigo permaneció ahí, de pie, evaluándome, estudiándome.

No, no podía ser. Ella no se pudo haber ido, no, ella aún tenía que ir a la escuela a... nada. Mierda, Kyana no tenía necesidad de ir a nada más ahí. Mis palmas sudaban, mi ritmo cardíaco, detenido completamente hacía un momento, se desbocó. No era posible, simplemente no era posible. El chico, ese chico con el que se besó, ¿lo dejó?, ¿cómo?, ¿no eran nada?

—Dice Robert que ya no regresará... —de pronto todo volvió a caer sobre mí. Robert. Robert. Sí, él me diría qué mierdas ocurría. Él debía saber. No se me escaparía. Era su mejor amigo, los últimos días no la dejaba sola. Yo confiaba en él, pero definitivamente para ella era como un hermano y eso me agradaba, siempre era atento y respetuoso con la que solía ser mi novia. Pero antes... tenía que cerciorarme de que ese gran hijo de puta que solía ser mi amigo meses atrás, no tuviera nada que ver. La tregua terminaba, ella ya no estaba y a mí me importaba una mierda todo. Me puse lo primero que encontré y salí corriendo de ahí.

4

SOLEDAD

Toqué aquella puerta que, desde hacía mucho tiempo, no tocaba. Una chica del servicio abrió amablemente.

—¿Está Roger? —Exigí saber con las manos cosquilleando y los dientes apretados. La furia circulaba por todo mi ser sin caer aún en cuenta de lo que Kellan me había dicho unos minutos atrás.

La chica asintió. La hice a un lado y entré.

—¿Roger?! —El hijo de puta salió de la cocina con un cuenco de cereal en las manos enarcando una ceja con sorna. No pude contenerme. Me dejé ir directo hasta su rostro logrando así que la mujer que me abrió la puerta gritara y que su comida saliera volando salpicando el recibidor.

—¡Maldición, Liam! —Escuché por detrás. Sí, mis amigos. Yo lo golpeaba mientras él obviamente no se dejaba. Nos revolcamos por el suelo, enganchados y rabiosos. Sentí cómo su puño se estampó en mi quijada, al tiempo que yo cerraba el mío y le dejaba morado el ojo.

—¿Qué hiciste, imbécil? Dime de una jodida vez ¿Qué hiciste? Tú fuiste, ¿no? —Nos lograron separar mientras la mujer de su padre y su hija nos veían aterrorizadas desde las escaleras.

—¿Qué mierdas te crees? —bramó rojo de ira. Luck y Josh, otro del equipo ya lo detenían, pues a mí me sujetaba Ray, Max y Kellan.

—Dijiste que las cosas no se quedarían así, te advertí que si hacías algo abriría la boca. ¿Qué hiciste para que se fuera, para que estuviera así? —Le grité, intentando llegar a él infructuosamente.

—Te bota y ahora crees que soy yo... Liam, en serio eres imbécil, mucho más de lo que imaginé —su mirada era cínica, maliciosa y gozaba el hijo de perra—. Esa *mexicanita*... no duraría la vida con alguien como tú... digamos que eso era... lógico —me logré zafar pues la furia era incontenible. Lo arrastré hasta que lo dejé contra un muro y apresé su cuello acercándome hasta su rostro peligrosamente.

—Explícate... ¡Ahora!

—No hay nada que explicar... se dio cuenta de que su lugar no era a tu lado, listo, y ¡Suéltame de una jodida vez! O haré que llamen a la policía y a tus padres no les gustará que se manche ni un poco su intachable apellido.

—Dije que quiero que te expliques —le exigí, pero lograron que lo dejara ya todos sobre mí.

—Me importa una mierda por qué te mandó al carajo, pero lo cierto es que me alegra verte retorcido cual gusano que eres... ¡Y ahora lárgate! —ordenó amenazante—. Y no te atrevas a venir nuevamente para esas estupideces, si te mandó desechó mejor revísate a ti mismo... seguro ahí está la respuesta.

Aquella noche, en casa de Robert, cuando supe todo, comprendí cada una de esas palabras. Por supuesto que él fue quien alertó a mis padres, por supuesto que ese idiota se vengó de aquel golpe como bien dijo y sí, me arrepentí más tiempo del que siquiera imaginé. Ahora sé que Roger sabía ese día el porqué de la conducta Kya y ya no tenía sentido odiarlo, pero su venganza, su rencor, dejaron heridas en ambos, que aún ahora recordamos y duelen, duelen por lo que llevan detrás.

En cuanto salí decidí que Robert era el siguiente en mi lista. No tuve que ir muy lejos; él ya se encontraba esperándome con gesto inescrutable recargado en el cofre del auto. Lo miré extrañado, giré, y varios del equipo, más los que solían ser amigos de Kya, se encontraban ahí, observándome, esperando justamente esa reacción. En serio no se cansaban.

Me acerqué con los ojos entornados importándome una mierda tener público.

—Deja de estar jugando al detective, Liam —soltó ese chico, estudiándome sin una pizca de temor. Me llegaba casi a la barbilla y su propio cuerpo, un tanto rellenito, no le ayudaría en nada si decidía desquitar mi frustración con él.

—Tú sabes todo, lo sé —le dije ubicándome a menos de un metro. Negó con los brazos cruzados sobre su pecho.

—No hay *todo*, Liam, ya deja esto. En serio, estás intentando buscar respuestas a cosas que no tienen sentido... Kyana —en cuanto pronunció su nombre mi cuerpo vibró. Sí, eso provocaba tan solo oírla nombrar—, ya no podía seguir a tu lado, no hay más que decir, más que averiguar. Acéptalo de una jodida vez.

—¿Es cierto que se fue? —pregunté sintiendo un nudo en la garganta, dolía pasar saliva, tanto que me llevé la mano hasta ahí sintiendo que me ahogaba. Agachó la cabeza asintiendo.

—Hace una hora salió el avión —de pronto comprendí que... era verdad; ella se había ido, me dejó ahí, sin más, olvidando y botando la historia que compartimos, los momentos de felicidad, las promesas, los sueños, nuestros sentimientos, todo.

Un enorme agujero se abría justo en medio de mi pecho, en el centro de mi ser, de mi alma. No lograba concebir que lo que creía eterno, llegaba a su fin, de esa manera, sin yo lograr comprenderlo, sintiéndome perdido, con una pieza faltante.

Me llevé las manos a la cabeza sin pestañear. Me sentí repentinamente mareado, nauseabundo. Mis ojos se enrojecieron. Ya no lograba hilar una idea con coherencia, mientras un silencio sepulcral se apoderaba de ese jardín frontal. Todos mantenían la vista en sus pies, sabían lo que eso me estaba provocando. Mi interior se rompió en ese instante. Una grieta de enormes proporciones rasgó lo que antes era un sano y feliz corazón.

Se fue.

Me dejó.

Se terminó.

—Liam —me llamó Kellan con voz queda. Negué haciéndome a un lado para que no me tocara.

—Por una maldita vez déjame solo... —le supliqué subiéndome a la camioneta con las lágrimas asomándose. Asintió afligido. Sabía bien a dónde iría.

Llegué a esta playa sin saber lo que sentía. Ya ahí, solo al fin; apreté los dientes con desesperación.

—¡Ahhhh! ¿Por qué, Kyana? ¿Por qué?! —miré el cielo con las mejillas húmedas. Podía sentir con cada minuto que pasaba cómo su cuerpo se alejaba, cómo su increíble mente me dejaba. Me estaba quemando. Volví a gritar hasta que la garganta me ardió debido al esfuerzo. Me despojé de la ropa dejándome solo las bermudas y me sumergí deseando que el agua salada barrierá todo lo que en mi interior se destrozaba.

Nadé hasta que ya no pude más, llevando mi cuerpo al límite. Intentando comprender cómo algo tan perfecto se volvía en mi contra, cómo lo que creí lo mejor de mi existencia, ahora me consumía.

Cuando no pude más regresé y me senté en la orilla del mar perdiendo la vista en el horizonte.

Sí, aquí, en este mismo lugar.

Sonrío sintiendo cómo el aire nocturno juega con mi cabello ahora un tanto corto.

¿Quién diría que después de todo aquello la tendría así, junto a mí, durmiendo cada noche a mi lado, segura entre mis brazos? Lo cierto es que el camino que se atravesó para lograrlo fue agónico, desgarrador. Y por eso valoro con vehemencia lo que tengo, por lo que tanto luché; mi hermoso ángel viviendo su vida a la par de la mía, calentando cada uno de mis días con su dulzura, con su paz.

Cuando supe que debía marcharme, lo hice. El maldito entrenamiento...

Me movía como un ser al que le arrebataron el alma. No me importaba, eso era lo que había ocurrido, no fingiría, ni por hombría, sentirme bien, aunque lo intentara, no lo lograría.

—Russell, ya sabes qué hacer... Llegas tarde —asentí sin quejarme con el entrenador. Mis compañeros de equipo, mis amigos y el resto, me observaron de diferentes formas, pero leí en sus expresiones que creían que no iría.

Hice todas las flexiones y vueltas que eran el castigo que se aplicaba cuando se cometía una falta. Entrené intentando dejar del lado lo que en mi mente existía y es que jugar y sumergirme en el mar, eran las dos únicas cosas que lograban menguar mi dolor.

—Russell, trae tu trasero para acá —gritó el entrenador More. Ya todos se dirigían a las duchas. Gracias al cielo las tres horas fueron intensas, así que pude desfogar aún más energía, sentía que podía ir a Canadá y regresar sin agotarme. Me acerqué con el casco en la mano y quitándome el sudor de la frente con la banda que tenía en la muñeca.

—¿Sí? —Se cruzó de brazos haciéndome con sus ojos un ademán para que me ubicara a su lado.

—No sé qué diablos sucede, pero te diré algo; esa jovencita... es ideal para ti —soltó observando el campo aún con algunos de mis compañeros levantando cosas. Lo miré extrañado. Él era un tipo duro, de esos que solo gritan y dan órdenes, que exigen e intentan llegar al mayor rendimiento posible. Me desconcertó escucharlo hablar de ella y a la vez me alteró—. Y te daré un consejo... aunque no me lo pediste —volteó hacia mí con sus ojos grises perforándome—; no la dejes ir. Cuando alguien saca lo mejor de uno, es porque esa es la persona adecuada —entorné los ojos sin saber qué decir. No iba a darle explicaciones a él, ¿no? —. Ahora largo, nada de desvelos, mañana quiero ganar —sacudí la cabeza confundido.

En los vestidores todos fingieron que todo iba normal. Así que me duché y vestí sin hablar, como comenzaba a ser mi costumbre. Mi cabeza ya era un tremendo caos. Señales iban y venían rebotando sin cesar. Yo no lograba acomodar nada.

Kyana esa misma mañana se había ido y no podía entender cómo era que lo había hecho si ya tenía a alguien, ese maldito hijo de perra por quien supuestamente me dejaba. ¿Acaso no le importaba? No entendía. Ella no era así, sabía que no era así.

De pronto la apabullante verdad apareció. Ese imbécil no tenía algo con ella, entre ellos no existía nada. Al descubrir eso, me quedé estático. Salí de ahí corriendo.

Mierda.

Mierda.

5

SECO

Llegué hasta la puerta de esa casa que cálidos y hermosos recuerdos me traía, incluso me encontré fantaseando y deseando con fervor que ella abriera la puerta y que, como solía, me sonriera de esa forma angelical y se colgara de mi cuello para que la besara ahí, en el umbral.

Irina abrió con semblante triste y los ojos hinchados. La observé por unos segundos en silencio mientras ella hacía lo mismo.

—Siento llegar así —me disculpé compartiendo su pena. Asintió torciendo la boca.

—No te preocupes, Liam... ¿Qué sucede? —preguntó abrazándose como si tuviese frío. La casa se veía oscura, sin vida. Un silencio ensordecedor se podía sentir, la nostalgia era palpable.

—Necesito hablar con ella... —la madre de Kya negó conteniendo las lágrimas.

—Se fue, Liam —susurró dolida. Que me lo recordara fue como si un puñal que ya permanecía clavado en mi pecho se encajara aún más, aumentando de esa forma la sensación de pérdida.

—Lo sé... —pestañeó arrugando la frente—, pero necesito que me digas dónde encontrarla, debemos hablar... —cerró los ojos fuertemente. Cuando los abrió me observó con aflicción.

—Me pidió que no lo hiciera, Liam, fue muy clara y... lo siento... no te diré dónde está —La sangre de mi cuerpo se detuvo.

—Irina —le rogué ansioso. Colocó una mano fría sobre mi antebrazo mirándome con decisión, temblando.

—No, Liam, y por favor, te lo suplico, no insistas... A Kya no le hace bien todo esto, no sé qué ocurrió, pero me queda muy claro que no desea seguir a tu lado... La conoces, no es una chica que juega con algo así. Si lo decidió, por algo es —Me intentó convencer. ¿Qué más podía decirle? Asentí con la vista extraviada en una de las ventanas laterales, sintiendo la impotencia correr como veneno por todo mi torrente.

—De acuerdo... y gracias, Irina.

—De nada y... cuídate, ¿sí? Tú también debes intentar salir de esto —me rogó con voz quebrada. Sonreí con tristeza.

Si tan solo hubiera existido la manera de lograrlo, seguro lo habría hecho. Pero era tan fácil para todos decirlo y para mí tan imposible. Algo no me permitía estar tranquilo creyendo que verdaderamente me abandonaba por convicción. Sentía, casi todo el tiempo, que ese círculo quedó abierto, en pausa, suspendido. Y eso, comprendería años después, sería una de las razones por las que no podría darle vuelta al capítulo más hermoso de mi vida. Ella.

Llegué a casa, subí a mi habitación y me dejé caer sobre la cama aún con la mente perdida. Su ausencia era notoria, la percibía ya tan lejos. Era como si los hilos que nos unían se estuvieran estirando tanto que la tensión era tormentosa, y la sensación, demasiado incómoda.

Coloqué mis brazos en la nuca sintiendo que hasta respirar era complicado. No lo lograría, sabía que no podría. Esas dos semanas ya habían generado estragos importantes en mi persona... ¿Cómo viviría mis días sin su esencia? Imposible.

Alguien tocó, ni siquiera me molesté en contestar, últimamente la palabra «privacidad» parecía no existir en mi entorno.

—William... debes comer algo... —era Fanny, la conocía, estaba preocupada. La miré inescrutablemente aún desde mi posición.

—No tengo hambre, más tarde bajo.

—Es ahora —sentenció con voz dura, esa misma que usaba para regañarme antes, cuando yo era un caso perdido. Tenía razón, no había ingerido nada desde hacía veinticuatro horas o más, por mucho que deseara morir de inanición esa no era la solución, al día siguiente tenía partido y después de eso... ya vería qué hacer.

Por la noche conciliar el sueño fue nuevamente un triunfo y es que esa tensión me acompañó hasta la madrugada, lo peor era sentir su dolor, sé que suena ridículo, pero era así. ¿Qué mierdas ocurrió para que todo cambiara de esa manera? ¿Qué?

Por la mañana me despertaron los ruidos y el movimiento que se escuchaba en la casa. Me tapé el rostro con la almohada malhumorado.

De pronto la odiosa voz de mi madre me alertó. No podía ser, eso era lo único que me faltaba para acabar de hacer mi tétrica vida, aún más tétrica. Desde aquella maldita discusión, ya hacía varias semanas, no había regresado al condado, cosa que agradecía. Nunca fue alguien cercano, alguien que se preocupara verdaderamente por mí.

Esa maldita tarde, que yo no tenía idea, que arruinaría varios años de nuestras vidas, ellos dejaron más que claro que no me apoyarían en mi elección de universidad, como tampoco les pareció que tuviera una relación con Kyana. Aquel fin de semana me la pasé en cenas, comidas y

varios compromisos más a los que pidieron mis padres que asistiera, y a los que obviamente no había lugar para una negativa, pues gente del Partido estaba ahí festejando no sé qué carajos y las familias debían ir para demostrar que todo iba siempre bien.

Mentiras.

Podía recordar sin esfuerzo el enorme enfrentamiento. Sobre todo con mi papá. Gritos, órdenes, exigencia.

No me dejaría, nunca más. No en ese momento que sentía que debía luchar por lo que verdaderamente me hacía feliz, lo que le daba sentido a mi vida.

—¿Perdiste la razón?! Ya lo habíamos decidido, estás aceptado, William, saca esa idea de tu cabeza, irás a Harvard, no hay más que hablar —zanjó ese hombre con el que no compartí ni un juego a lo largo de mi vida.

—No, no te equivoques, no lo «decidimos» lo decidieron ustedes, y eso terminó, yo quiero algo distinto, la política me importa un carajo —escupí con rabia en medio del comedor, ese mismo donde los confronté para que supieran que Kyana ya no estaba sola.

—No me hables así, William, y te advierto, no tendrás nuestro apoyo...

—No lo necesito, la beca es deportiva, iré solo, me ocuparé de mis gastos solo. Crees que porque ustedes son los del dinero aquí, haré su voluntad. Olvidalo. No.

—Esa chica con la que estás, ¿a dónde irá? —preguntó mi madre sentada relajadamente en la silla, observándonos discutir. Obviamente sabían que andaba con alguien, tampoco era algo que ocultaba o que escondiera, no obstante, jamás mencionaron nada al respecto, era como si les diera lo mismo, cosa que en general era cierta.

—¿Eso qué más da?, no estamos hablando de *mi* novia —le recordé furioso. Enarcó una de sus cejas y se puso de pie lentamente de esa forma fría que la caracteriza, no muestra ni una maldita emoción.

—Esa chica no me gusta para ti, William —soltó serena. Reí, en realidad me carcajeé. Cosa que le dio igual.

—¿Y? Es mi novia, no tuya... —mi padre volcó los ojos frotándose el rostro con desespero.

—No seas grosero. Solo te lo digo porque yo no apoyaré ni tu relación ni tu cambio de carrera y universidad. No hay más que hablar. Si insistes, estarás solo —La observé con indolencia.

—Lo que tú pienses o quieras de mi relación con Kyana, en realidad, me da lo mismo. Ella es la mujer que quiero y estoy dispuesto a dar lo que sea por conservarla a mi lado, así que ni se te ocurra comenzar a presionarme por ese lado, no cederé. Por esa chica... mamá, soy capaz de cualquier cosa y me conoces, no bromeo. Y respecto a lo otro, también me da igual, les estoy informando mi decisión, ustedes pueden hacer lo que se les antoje, no hay marcha atrás...

—William, esto es tu futuro... no cualquier tontería de muchacho inmaduro que está encaprichado y que desea llevar la contra a sus padres —expresó mi padre molesto.

—Por supuesto que es mi futuro... por eso lo defenderé. Y puedes pensar lo que desees... *papá*, pero me voy en el verano y si su decisión es no apoyarme, eso será un hasta nunca.

—No sabes ganar un céntimo... —me recordó mi madre.

—No por eso los necesitare... créeme, aprenderé, no me controlarán por ese lado.

—Te quedarás sin nada, no apoyaremos esta estupidez, William, le dejaremos todo a Richard, no verás ni un solo dólar —rodé los ojos asintiendo con los brazos cruzados sobre mi pecho, demostrándoles que me daba lo mismo.

—Dinero, dinero... me importa poco *su* dinero, hay cosas que en serio, compréndanlo, el dinero no te da... Y que yo deseo.

—Ya veremos...

—Ya veremos —repetí mirándolos a ambos molesto, pero más decidido que nunca. Iba a irme cuando sus palabras me detuvieron nuevamente.

—¡Aún eres muy joven, el amor como llega se va, y estás decidiendo tu futuro sobre algo que no es real, que no pasa de ser un enamoramiento de adolescentes. William, es un error, tú y esa jovencita no pueden saber todavía qué es lo mejor para ustedes, así como tampoco saben si lo que sienten durará mucho más... ¿Qué harás cuando uno de los dos ya no sienta lo mismo? Habrás hecho cosas que no deseabas por seguirla... ¡Es ridículo, hijo, no es inteligente y mucho menos maduro!

—Papá, ustedes no me conocen, no tienen idea de qué soy y qué no, pero algo sí te digo, lo que siento por ella no es pasajero... y mucho menos un enamoramiento adolescente, es real y por lo mismo sé lo que debo hacer... y lo haré. —Dicho esto salí de ahí desesperado por verla, por olerla, por escuchar de sus dulces labios decir que... nada de ese asqueroso mundo en el que vivía importaba, solo lo que sentíamos, solo lo que vivíamos. Kya era el arcoíris del pantano en el que me crie.

Los zapatos altos de mi madre, que retumbaban sobre el laminado al acercarse, me hicieron gruñir. Iba hacia mi habitación. ¡Agh! Mierda.

Me levanté desganado, me calcé un *short* cualquiera y una playera. Odiaba vernos con el torso desnudo. Sí, ridiculeces.

Los tres golpes que dio para anunciarse iban cargados de arrogante educación.

—William, hijo, ¿puedo pasar? —Puse los ojos en blanco frotándome el rostro. Siempre al levantarme observaba aquella foto que nos tomó Emma a los pies del árbol donde solíamos estar entrelazados y que Kya me dio ya hacía meses en un marco de madera oscura.

No supe qué sentir.

Ella no era una chica que se rompiera en detalles, o que esperara algo de mí. Ella era así; cuando tenía ganas me obsequiaba algo que le parecía que me iba a gustar. De pronto me encontraba una nota en algún cuaderno con un «te amo» o me sorprendía con algún libro que, increíblemente,

leyéndolo a su lado, tumbados en los sillones de la terraza, me gustaba más de lo que esperaba. Nos agradaba la misma música, por lo mismo yo tenía de ella y ella, mía. El que compartiéramos eso lograba que pudiésemos pasar horas con los audífonos en los oídos, recostados sobre alguna frazada en esta playa, simplemente abrazados, sintiéndonos, susurrándonos cualquier cosa... besándonos. Kyana impregnó mi vida con su esencia.

Por mucho que jamás hubiese pisado aquel cuarto, era como si lo hubiera hecho. Pasé tantas noches pensando en ella, evocándola, deseándola, sonriendo como un tarado por el buen rato que pasábamos, ansiando su delgado cuerpo bajo el mío hasta terminar en la ducha helada pues su piel me enloquecía, pero la manera que tenía de entregarse, aún más... No se reservaba nada, existía siempre, desde la primera vez en casa de Kellan, una confianza absoluta. Me permitía fluir tal cual, dejando salir la asombrosa necesidad que siempre me despertaba, para terminar, con recurrencia, yo sobre su pecho desnudo abrazándola y así recargar mi rostro justo sobre su corazón y poder escuchar cómo sus pulmones lograban un ritmo regular después del desenfreno o la dulzura compartida. Kyana era tan suave como un trozo de nube, cosa que siempre me pareció irresistible, y aunque su experiencia era nula, a su lado me sentía también un novato. Por lo que fue fascinante aprender juntos cosas que jamás imaginé, pues teniendo su pequeño cuerpo desprovisto de ropa frente a mí lograba comprender que ella era la primera y única mujer con la que verdaderamente deseaba algo más que unir mi piel. Con mi ángel lo que anhelaba era fundir mi alma con la suya en cada encuentro, hacernos verdaderamente uno cada vez que mis brazos la aprisionaban comprendiendo que la tenía solo para mí en ese momento.

No obstante, la foto no estaba dónde solía encontrarse. El marco salió proyectado aquel día y... ahora, me arrepentía, pues la imagen quedó arruinada. La pecera de la orilla de mi habitación, cortesía de mi madre —que, cosa rara, no me desagradó—, se la tragó cuando se rompió el marco. O, más bien, cuando lo rompí al aventar una silla... que echó a perder varias cosas más. Y aunque tenía muchas más fotos en el móvil y en otro de los ordenadores que no se encontraban en mi habitación, ninguna remplazaría a esa.

—Sí —farfullé, echándome el cabello hacia atrás. No estaba de humor, no desde que mi luz me había dejado. Entró observando todo, perpleja. Sí, mi habitación parecía la de un monje, no había nada que indicara que fuese de alguien como solía, nada.

—¿Y tus cosas? —preguntó algo turbada. La miré de reojo sentado en la orilla del colchón. Siempre tan perfecta, tan serena, tan... malditamente indiferente.

—¿Qué necesitas, mamá? —Cambié de tema agotado.

—Un *hola* sería educado. ¿No lo crees?

—Hola, ¿qué quieres?

—Saber cómo estás, Fanny dice que no has comido, que estás muy mal, cariño. ¿Me puedes decir qué sucede?, ¿peleaste con esa muchacha? —Sentí la sangre hervir. Me levanté ubicándome frente a ella de inmediato. La tomé por sorpresa, sin embargo, no se movió.

—Kyana, se llama Kyana, y dudo que te interese mi vida... Así que dime qué deseas —mi tono era seco, molesto. Me observó con indolencia.

—¿Tan mal están las cosas entre ustedes? —indagó, caminando indiferente por mi habitación.

—Terminamos, ¿contenta?... Ahora si no tienes más que decir, deseo estar solo —no mostró ni agrado, ni desilusión; nada, así era ella.

—¿Así que te diste cuenta de que no era para ti? —soltó pasando un dedo sobre la superficie vacía de una mesa donde solía tener miles de cosas encima.

—Ni en un millón de años. Para que te pongas feliz, ella fue la que me dejó —le informé acercándome a la puerta para invitarla cortésmente a que me dejara de una maldita vez en paz.

—Vaya... Así que ese amor al final no fue tan fuerte —no pude detectar nada en su voz, pero sabía que lo ocurrido le encantaba.

—Y tú feliz, ¿no?... —solté con sarcasmo. Ni siquiera me miró.

—Te equivocas, William, sé que no la estás pasando bien, cariño. A veces el amor duele demasiado, pero no puedes permanecer así. Debes comer, dormir, eso no hará que las cosas se solucionen —la observé verdaderamente asombrado. ¿Esa era mi madre?

Ahora... ¿Es comprensible por qué jamás me pasó por la cabeza que estuviera tras todo eso? Nunca dio indicios para que yo lo pensara. Por otro lado, yo era más joven y... ella no dejaba de ser quien era en mi vida... ni siquiera podía pensar que fuese capaz de una atrocidad como esa, algo tan aberrante, tan espantoso. Si bien sabía que eran... implacables, personas poderosas, influyentes, no cruzó por mi mente que pudiesen ir contra la mujer que amo, que planearan algo como eso. Soy su hijo, o lo era en ese entonces.

—No deseo hablar de ello —argumenté tenso.

—De acuerdo, no lo hagas, pero ya llegará a tu vida alguien adecuado —volqué los ojos.

—¿Adecuado?... —Me burlé, mientras observaba con molestia el espacio vacío, su pecera ya no estaba. Regalo de mi cumpleaños anterior junto con la camioneta que cada año cambiaban, así que no me encariñaba ni con ella, ni con nada. Mi único verdadero apego durante ese tiempo fue mis amigos y Kya, y... de alguna forma, lo que le di no bastó.

—Sí, alguien que sepa lo que vales, William, tú no eres cualquier chico, eres un Russell y debes codearte con gente como nosotros —No sabía si reír o golpear algo nuevamente.

Decidí que ni la una ni la otra.

Salí dejándola de pie ahí, sola. No quería escuchar sus estupideces, mi cabeza era un caos como para agregarle su rollo social, que al parecer, jamás cambiaría.

LÚGUBRE

Llegué a casa de Kellan deseando desaparecer de la mía. En cuanto me vio y mencioné a mi madre, sonrió negando, dándome el control del video juego. Nos perdimos allí sin hablar, sin mirarnos, sin decir nada. Kellan es y era como mi hermano, me conocía tanto como ella. Sabía que en ese momento, todo sobraba y que si no me fui a refugiarme a la playa, como ya era costumbre, fue tan solo porque no deseaba pensar. Así que jugar con la consola, era algo que lograba mantenerme neutral, aunque no tan efectivo como nadar o jugar americano.

Entonces llegó el momento de irnos al partido. Emma ya le había marcado, pero supuse que cuando se enteró de que me encontraba con él; comprendió que lo vería más tarde.

En medio de los gritos y el ruido yo me sentía enterrado en un absoluto y sordo silencio. Jugué concentrándome al máximo, regañándome más de una vez por girar a las gradas, esperanzado por ver su cándido rostro sonriéndome para infundirme ánimos. Jamás sospechó que no necesitaba hacer nada para alegrarme, su existencia cumplía esa función.

Ganamos.

Festejos y más gritos nos rodearon. Sin que lo pudiera evitar me arrastraron a la fiesta que se organizó en la casa de Luck. Fui, pero no duré más de diez minutos. Cate y Jane de inmediato se colgaron de mi cuello, al igual que otras chicas que buscaban pegarse asquerosamente a mi pecho, para abrazarme por el supuesto «triumfo» y yo lo único que podía pensar era que se asemejaban a unas garrapatas, no las toleraba. Me las quité sin miramientos ni ocultando mi repulsión.

—Asombroso que William Russell se encuentre así por una chica... —musitó molesta Cate. La observé indolentemente, dejando mi vaso aún lleno sobre una mesa.

—Si fueras una cuarta parte de lo que ella es, probablemente no te encontrarías aquí envenenando el ambiente y a alguien... le interesaría algo más que tu trasero —la chica abrió los ojos atónita. Está bien, me pasé, pero es que no soportaba que hablaran de ella como si fueran mejores, como si no valiera nada.

—Eres un imbécil... En serio que esa mojigata te cambió, pareces un pelele —sonreí con sarcasmo, acercándome peligrosamente a su rostro.

—¿Tanto te arde no parecerte ni un poco?... Porque espero que estés consciente de que esa cabeza hueca que cargas a diario, necesita estar igual de ejercitada que tu cuerpo...

—Eres un patán.

—Y tú una arrastrada, y si no deseas seguir escuchándome déjame de una maldita vez en paz, no soy ningún chico que pretende agradarte.

—De eso ya me di cuenta... Solo con ella eras dócil... Mentiras, eres lo que eres, Liam, siempre lo serás.

—Rodeado de gente como tú hasta en rata me hubiera convertido. Y no me interesa lo que opines, tú jamás despertarás en nadie lo que ella despertó en mí... Así que ve a derramar tu veneno a otro sitio, yo ya me enfadé de escucharte y de ver tus capas de maquillaje corriéndose con este jodido calor —sí, así podía llegar a ser. La dejé ahí sin decir más y me largué. Simplemente me sentía fuera de lugar.

Cuando se organizaban ese tipo de reuniones o fiestas, Kya y yo íbamos tan solo un rato. Bailábamos en medio de estruendosas carcajadas, conversábamos con los demás. Cuando se alejaba, no la perdía de vista, y en el momento en que todo comenzaba a salirse de control, como suele suceder, nos mirábamos con complicidad y nos íbamos a nuestra playa, a la banca de algún parque o simplemente a caminar por las calles con alguna bebida caliente en la mano. Entre nosotros no había nada fuera de lo común, cosas alocadas o desenfreno, no existía la prisa como tampoco la necesidad de apantallar o hacer cosas sin sentido. No, entre Kya y yo existía la paz, serenidad, la complejidad de nuestro sentir. Y eso era lo que mi cuerpo, siempre demasiado impulsivo, demasiado inquieto, necesitaba. Así como mis ocurrencias, y mi energía, era lo que ella ansiaba. Jamás parábamos, paseos en bicicleta, horas andando, nadando, salíamos con los demás, conversábamos sin parar, leíamos, cocinábamos, recogíamos todo el desastre provocado, y algunas veces terminábamos viendo algún programa de televisión con un gran tazón de comida chatarra para mí y helado para ella. Mi vida jamás fue más excitante, menos aburrida y no necesitaba de locuras para sentir que cada día valía, que era mágico e irrepetible a su lado. Eso era lo inigualable, lo que me sumergió muy profundo, hasta los límites de mi propia razón. Ella y yo; nos complementábamos y nos amábamos verdaderamente.

Salí de ahí sin informarle a nadie. Con el paso de las horas el vacío era más evidente, no obstante, ya no tenía energía para impulsividades, ni para llevar mi cuerpo al límite. Esa noche dormí tanto que no supe de mí hasta el atardecer del día siguiente. Abrí el ojo concientizándome de aquel hueco. Dolor, pena, cansancio y desmotivación eran ya parte inherente de mi persona.

Pasé horas en el ordenador observando sus fotos, nuestras fotos. Fanny incluso me ofreció un emparedado que tuve que ingerir, ya que mis padres se encontraban en casa y después de felicitarme escuetamente por la victoria del día anterior, continuaron con sus múltiples ocupaciones.

Cada cosa llegaba a mi mente ahí, inmerso en la pantalla. Kellan ya había marcado, pero al saberme en casa tranquilo, dejó de preocuparse. Ya no quería que estuviesen tras de mí, que dejaran de hacer sus cosas por estar al pendiente de mi locura. Nada la regresaría, nada cambiaría y por mucho que deseara ir y buscarla, rogarle, lo cierto era que no tenía sentido. Ella, de no haberse querido marchar, de no desear alejarse de mí o de lo que la atormentaba, no se hubiera ido, no me hubiera hecho pasar ese par de semanas de infierno.

Como intento en vano, marqué su móvil. Apagado.

¿Debía rendirme? ¿Dejarla ir sin más? ¿Sin luchar por última vez? Mi mente ya no resistía una estocada más pues mi corazón muerto ya estaba.

Esa tarde regresé aquí, a mi lugar, a nuestro lugar.

Los días pasaron y yo comenzaba a tornarme gris, ausente. Fui a casa de Irina a lo largo de la semana un par de veces, así como abordé a Robert varias más. Nada. Ambos me repetían que la dejara ir, que debía respetarla y yo solo podía sentir que cada segundo que pasaba sin ella mi alma se partía, se rompía.

Jamás la recuperaría, lo sabía, lo sentía. En mi desesperación le mandé *mails* cada día de esa semana, todos regresaron a mi correo. La cuenta estaba cerrada. ¿Red social? No, tampoco, parecía no haber entrado en meses y es que ella no era muy afectada a esas cosas al igual que yo... No obstante, no la encontré, también lo cerró.

El curso terminó, la alegría que existía alrededor no llegaba hasta mí. Tuve que ir a la entrega de diplomas, petición de mis padres. ¿Cómo faltar a algo así? Pero a la fiesta, y demás eventos que se organizaron, simplemente no pude. Pasaba horas en la playa evocándola. Odio, rencor, desesperación, ira, frustración, impotencia, pero sobre todas las cosas... amor. La amaba desesperadamente, era como si le hubiesen quitado el tanque de oxígeno a alguien con un problema terminal en los pulmones. Mi vida se iba apagando con cada día que pasaba, me iba hundiendo en la absoluta indiferencia, en la tristeza y en la nostalgia. Las dudas no me dejaban, sin embargo, ella no regresaba, no debía señales de volver. Y por mucho que mi mente volara, ya no lograba pensar excusas o razones para su abandono.

Ese verano fue una absoluta pesadilla. Mis amigos hacían planes para su futuro y yo ni siquiera recordaba que debía ir a la universidad. Kellan permaneció a mi lado, así como los demás. Solían estar al pendiente, pero ya no me sentía acosado. Hubo ocasiones en las que me arrastraron, literalmente, a algún lugar, pero el gusto les duraba poco, yo deseaba estar solo y me escabullía cuando no lo notaban.

Una mañana, un par de semanas antes de que tuviera que partir a ese sueño que me daba igual, mi padre apareció y comenzó a insistir respecto a Harvard. Peleamos, discutimos, nos gritamos y al final, harto de todo y desmotivado hasta lo indecible e impensable, acepté ir. Algo diferente a lo que planeamos podría ser la solución... pretendí engañarme.

Ese año que pasé en Boston, específicamente en Harvard, es, aún ahora, un tanto confuso.

Fui, estuve, pero no hice amigos, no conocí a nadie, quien se acercara lo mandaba a volar. Poco hablaba y las materias eran acerca de cosas que no llamaban en lo absoluto mi atención. De inmediato chicos de la fraternidad más importante buscaron que entrara, tal como Richard, mi hermano que también radicaba ahí y que veía con cierta regularidad, pero me negué. Nada de ese sitio me interesaba y sabía que de ningún otro.

A veces sentía que algo en mi interior comenzaba a removerse, no podía dejarme llevar como un velero por la marea, necesitaba sentirla cerca, fuese como fuese. No obstante, en ese año regresé solo una vez aquí. Visité a Irina un par de ocasiones insistiendo nuevamente.

Pasaba mis días sumergido en esa neblina donde su boca, su mirada y mis recuerdos se mezclaban, y es que nada en mí funcionaba como debía, nada era como solía y me sentía solo, verdaderamente solo.

Una tarde, a finales de marzo, hacía un frío endemoniado y las vacaciones comenzaban. No tenía a qué venir, así que permanecí ahí, en Boston. Me senté en un café con un libro en mano, como ya era mi hábito y comencé a leer dentro de aquel local no tan concurrido. De pronto una voz fuerte, llena de energía y potencia me hizo levantar la vista. Al observar a ese hombre sonriente conversando con frescura con una de las chicas, enarqué una ceja.

Mi tío René, lo reconocí torciendo la boca. Hacía más de tres años que no lo veía.

—¿René? —Lo llamé dejando el libro sobre la mesa. El hombre volteó intrigado. Al principio no me reconoció, pero luego, como si de repente su mente cobrara vida, se acercó sonriendo.

—¿William? —asentí poniéndome de pie. Me estudió asombrado. Yo había crecido bastante desde la última vez que me vio— ¡Vaya!, esto sí que es una sorpresa... —me tendió la mano y luego me dio un fuerte abrazo. Era un hombre de complexión gruesa, sin embargo, yo le sacaba algunos centímetros de alto y era un tanto más ancho. Me tomó por los brazos, que iban bien cubiertos por un suéter, arqueando las cejas—. Si esto hace el gimnasio entonces prometo acercarme más a menudo —su manera de decir las cosas me hizo reír, cosa ya muy rara en mí.

—¿Cómo has estado? —Le pregunté genuinamente interesado.

—Más viejo que tú y obviamente más débil —reí nuevamente sin poder evitarlo, sacudiendo la cabeza.

—No cambias —admití poniéndole una mano sobre su hombro.

—Pero tú lo hiciste por ambos, estás enorme, muchacho —sonreí, para, de inmediato, volver a ser el mismo chico ausente y sosegado. Mi cambio no pasó desapercibido para ese asombroso hombre que es como mi padre. Arrugó la frente y sin invitación, se sentó en lugar desocupado frente a mi silla. Yo lo seguí—. ¿Qué haces por aquí?...

—Estoy de vacaciones —admití dándole un trago a mi bebida. La suya llegó un momento después. Mi tío soltó una carcajada sin yo comprender el porqué.

—¿Qué pasa contigo?... —Susurró acercándose a mí como si quisiera evitar que alguien lo oyera—. Esa chica no deja de verte, está de buen ver, ¿qué esperas? —Negué perdiendo la vista en el exterior sin sentir la menor curiosidad de examinar a esa mujer—. ¿Tu novia? —Sentí cómo apretaban nuevamente esa parte de mi pecho que ya solía estar dormida, entumida. Nada había cambiado en mi interior a pesar de la distancia, de los meses. No contesté—. ¿Sucede algo?

—No —mentí, y es que desde que ella entró a mi vida ver a otra era algo que no sucedía, no de esa forma, no me generaban nada, absolutamente nada.

—Cambiaré de tema entonces... Dime, ¿estás estudiando en... Harvard? —Asentí sin esconder mi gesto de hastío. Sonrió recargándose en la silla con desgarbo—. ¿No te gusta?

—No era lo que deseaba —admití, acomodándome de igual forma.

—¿Y qué mierdas haces aquí, entonces? —Me encogí de hombros sin saber qué responder. Se enderezó y recargó sus brazos sobre la mesa acercándose nuevamente—. ¿Tus padres?

—Podría decirse —confirmé serio.

—¿Y tú haces todo lo que ellos dicen? —Sonreí apenas.

—No desde hace un tiempo...

—Explícate, muchacho... porque no comprendo. Si no te gusta este sitio, si ellos tuvieron que ver con el hecho de que estés aquí...

—René, es largo... —observó su reloj de muñeca para luego mirarme con gesto duro.

—Tengo tiempo —resoplé sin muchos ánimos de ahondar en cosas que dolían como el primer día.

—No deseaba más peleas, sabes como son, no querían que fuera a la Universidad de Massachusetts, ahí gané una beca deportiva y estaba admitido —casi escupe el café sobre la mesa.

—¿Qué?! —Reí nuevamente, con él no era tan difícil. Me inspiraba... confianza, siempre fue así, pero nunca congenió con mi padre, por lo mismo, no lo veía a menudo. Sin más, me encontré narrándole todo lo ocurrido el último año y él escuchándome como si estuviera narrándole la final de algún partido. Dejé fluir mi tristeza, mis anhelos, mis errores, todo, menos ese gran sentimiento que aún habitaba en mi piel, en mi alma. De ella deseaba no hablar, mi pecho sangraba a diario, no abriría la herida aún más.

7

SIN ELLA

René y yo permanecemos en aquel lugar hasta que cerraron. Parecía tan natural conversar con él. Reí, me abrí y me sentí más ligero.

—¿Así que números? Administración, economía, contabilidad —repitió cuando salíamos del establecimiento. El frío calaba, aún con el abrigo y las manos dentro de los bolsos.

—Sí, lo descubrí hasta hace unos meses... No sé, me llaman, me gustan —el hombre caminó a mi lado reflexionando.

—Haré algo... solo si tú lo deseas, Will —enarqué una ceja intrigado, al tiempo que subía el cuello del abrigo—. Te ayudaré a entrar a la universidad que deseas... —me detuve pasmado. Ya había perdido la beca, llevaba un tiempo sin practicar americano y aunque corría a diario y hacía demasiado ejercicio —pues era la única manera de desfogar mi energía e impotencia—, no estaba listo para calificar nuevamente.

—No es necesario —me negué mirándolo con agradecimiento. Colocó su mano enguantada sobre mi hombro sonriendo y decidido.

—¿Quieres o no quieres salir de Harvard y hacer lo que deseabas? —Supe en ese momento que mi respuesta sería decisiva en mi vida. Si una parte de mi era lúgubre, llena de tristeza, tenía que buscar que la otra valiera, que la otra lograra de alguna forma iluminar la que ya no tenía luz.

—Sí, sí quiero... —me dio un pequeño golpe satisfecho.

—Perfecto... Date de baja cuanto antes. El próximo año entras a la Universidad de Massachusetts, investiga fechas y proceso de admisión, el costo irá por mi cuenta —lo observé asombrado. La vitalidad con la que se manejaba me impregnaba, no lo podía evitar y eso me gustaba.

—René... trabajaré... te lo pagaré —solté decidido. Sí, eso haría, retomaría las cosas, debía hacerlo.

—No, quiero que te centres en esto, ya eres mayor de edad... así que lo que decidas de ahora en adelante será tu vida, Will, hazla valer, no la cedas por nada y cuando estés listo, si lo deseas... serás lo que desees ... —no comprendía del todo sus palabras, lo cierto era que deseaba emerger nuevamente. No siendo quien solía, ni tampoco quien era cuando estaba a su lado; eso jamás lo lograría, pero sí alguien que no retrocedería, alguien que lucharía, que... aprendería a vivir con su ausencia sin permanecer derrumbado, intentando vivir, incluso, sonreír y por qué no, gozar. Ella se marchó de mi vida, durante meses no había tenido noticias, era evidente que no le importaba, no como a mí y... no podía seguir así, por mucho que la adorara y que el amor que sentía, no disminuyera.

—Pero no puedo aceptar que hagas esto sin más...

—Imagina que hago lo que tus padres debieron hacer... apoyarte. Somos familia, no tengo hijos, te adoptaré simbólicamente. Te ayudaré, lo deseo... pero a cambio no quiero verte derrotado, no quiero verte como ahora... —agaché la vista hasta mis zapatos. Eso era complicado—. Verás que, poco a poco, haciendo lo que tú elijas, todo se irá acomodando, y a lo mejor, cuando gane tu confianza me cuentes qué es lo que verdaderamente te tiene así...

—No es nada... —rio haciendo una mueca de desacuerdo.

—Claro que lo es... tu mirada es de alguien que sufre... —alcé la vista observando a mi alrededor. Ya era tarde y aún había transeúntes andando por ahí.

—Una chica, René, eso es todo. Juré que ella... era la adecuada, pero... no pensó igual y... bueno...

—Le dio fin a la relación —asentí sin desear verlo a los ojos. No quería escuchar el típico discurso de: se te pasará, eres demasiado joven, ya encontrarás a alguien más. No obstante, sabía que eso era lo que vendría.

—El amor es... complicado, Will, nunca des nada por sentado... Sin embargo, cuando las cosas no son como deseamos, es mejor respetarlo, porque uno se hiere demasiado... —lo observé intrigado, hablaba como si supiera exactamente la sensación—. No me veas así... sé lo que es amar, prácticamente a tu edad lo comprendí y... fue todo tan complicado... Algún día te contaré mi historia, no es grata, en realidad... y sí, aún duele, pero sé lo que se siente dar lo que uno lleva dentro, sé lo que es anhelar la felicidad del otro sobre la propia... Pero también sé que lastima, sé que extingue el alma. Y ¿sabes?, doy gracias a la vida por permitirme experimentar un sentimiento tan hermoso como ese, porque no todos llegan a él, no es fácil de conseguir... Así que... sí, me siento satisfecho por haber encontrado en mi camino a la persona que me despertó, aunque no siga a mi lado —¡Vaya!, esas eran las palabras más empáticas que había escuchado a lo largo de esos malditos meses. Sonreí asintiendo, sabía muy bien a qué se refería.

Me guio hasta su auto que permanecía aparcado a unas cuadras con un chofer en el interior. A mi tío, al igual que al grosor de mi familia, no le iba nada mal, pero él no estaba relacionado con la política, aunque la usaba a su favor. René contaba con varias empresas automotrices en Estados Unidos, así como también fábricas que hacían las piezas para autos propios y de otras marcas. Era y es un tipo asombrosamente fuerte en ese rubro, por lo que el dinero le sobraba, no obstante, lo compartía, lo daba, no lo almacenaba.

Jamás podré agradecer a la vida mi suerte, encontrarlo fue como hallar esa familia que tanto busqué, ese apoyo que tanto ansié, esa aceptación absoluta que tanto rogué, ese cariño sincero y desinteresado que tanto anhelé, sin saberlo.

Después de eso todo fue... diferente. Regresé a Myrtle Beach en el verano para enfrentar a mis padres. Me sentía menos miserable por saber que iría a dónde de verdad deseaba y por lo mismo, esta vez, no cedería. Debía ser más fuerte, más contundente y dejar atrás ese tiempo en el que me perdí a mí mismo sin más.

En cuanto llegué esa mañana, todo me cayó encima. Los últimos meses, gracias a René, fueron mejores hasta cierto punto, nos veíamos con frecuencia y hacíamos miles de cosas juntos, por lo que sonreír y conversar como alguien normal, ya era algo común, sin embargo, en cuanto bajé del avión mi mente colapsó de nuevo.

Juro que podía sentir su olor impregnándose en el último poro de mi piel. Sentir su mirada cargada de inocencia atrapándome sin permitirme marchar. Su tacto acariciar hasta la última fibra de mi ser.

Esos días fueron, otra vez, deprimentes. No lograba darle vuelta a la hoja y eso me hacía sentir peor. Simplemente no podía. Permanecí poco tiempo, no era un masoquista, ya no por lo menos. Así que enfrenté con orgullo a mis padres y aunque no lo comprendieron, ni mucho menos lo aceptaron, no tuvieron más remedio, retirándome cualquier apoyo económico hasta que no rectificara. Me importó un carajo.

Vi a mis amigos y le rogué a Robert, otra vez acorralándolo, que me dijera si sabía algo, si tan solo había hablado con ella. Nada. Lo mismo fue con Irina, no me atreví a buscarla en aquella casa, por lo que nuevamente la sorprendí en la agencia. Me saludó alegre, sin embargo, era notoria su tristeza y tampoco logré con ella lo que me proponía.

Pasé otra vez horas sentado en esta playa. Nada la regresaría, ella no lo deseaba, eso era evidente. Un año y no tenía idea de su vida, de lo que hacía, de cómo estaba y al parecer era lo que deseaba. Tenía que entenderlo de una maldita vez, tenía que dejarla ir por mucho que dentro de mí el amor que le profería y le juré tantas veces, continuara intacto. Kellan y los demás buscaron animarme, al final decidí regresar, intentar olvidar, era la única manera de seguir.

Mi vida en Boston transcurrió. Regresé un par de veces a petición de alguno de los chicos. No lograba negarme, pero al final, acaba huyendo al segundo día. Estar aquí era asfixiante, absolutamente doloroso y solo me hacía sentir alguien enfermo, capaz de aún albergar un sentimiento intacto por alguien que probablemente ya no me recordaba.

Millones de veces me planteé ir a buscarla, pero... ¿Qué le diría? ¿Si me cerraba la puerta en la nariz? Era lógico que en ese lapso ya hubiese hecho su vida, probablemente agradecida de que yo ya no estuviera... Incluso hubo momentos en los que contemplé seriamente la posibilidad de que mi forma de acosarla fue la causante de su rostro triste, ansioso, preocupado.

Mi cabeza, cada vez que pensaba en eso, me dejaba con graves problemas para manejarme como alguien normal. Durante mucho tiempo desperté en las madrugadas fuertemente alterado después de tener pesadillas donde alguien la dañaba, donde alguien... la lastimaba, donde... abusaban de su cuerpo. Era agónico, cruel y los días posteriores a eso, me aniquilaban.

La última vez que pisé Myrtle Beach por un tiempo, decidí que tenía que dejar eso cerrado, terminar con mis dudas, con mi tormenta personal.

Cuando Irina abrió la puerta me observó asombrada. Kya ya llevaba dos años sin estar, sin regresar, sin dar ni una sola señal de vida.

—Hola... —susurré algo avergonzado.

—Hola, Liam... —se hizo a un lado invitándome a pasar. Negué decidido, si entraba echaría por la borda lo poco que había avanzado en ese tiempo.

—¿Podríamos... caminar? —Aceptó mirándome con nostalgia, con ternura. Agarró sus llaves y salimos de ese sitio que oprimía mi pecho.

Anduvimos en silencio por varias cuadras. Tener a su madre tan cerca me generaba un nudo en la garganta que me lastimaba, pero, por otro lado, paradójicamente, me sosegaba, me hacía sentir, de una forma torcida, cerca de ella.

—¿Cómo has estado? —preguntó sonriendo mientras observaba las casas que íbamos pasando.

—Bien, la carrera me ha gustado y... todo marcha bien —admití apagadamente. Ella asintió cruzándose de brazos—. ¿Y tú?

—También, me casé hace algunos meses y... Ralph es adorable —me detuve asombrado. Primero por la noticia, claro está, ese hombre era genial. Pero por otro lado, Kyana, ella debió ir a la boda.

—Felicidades... me alegra —admití sonriendo nervioso.

—Lo sé...

—Irina... —ladeó la cabeza comprendiendo lo que le preguntaría—. Ella... ¿Cómo está? —Resopló sopesando lo que diría.

—Bien, Liam, está bien —me sentía frustrado, necesitaba saber más.

—¿Estuvo aquí? ¿Vino a tu boda?... Nadie me dijo.

—Liam, ven... —y me guio hasta la orilla de una acera y se sentó sobre el asfalto. La seguí intrigado—. Kya no regresará... no lo hará... si tuvieras una mínima esperanza te juro que te lo diría... No es así... Quieres saber sobre ella, sobre su vida y yo no te diré nada. Si mi hija deseara que las cosas fueran diferentes te contactaría, y no lo ha hecho. Debes de seguir tu camino...

—No puedo —le confesé frotándome el rostro. Posó una mano sobre mi hombro con cariño.

—Debes intentarlo. No sé lo que ocurrió, pero sí sé que no volverá, no desea estar aquí... y por mucho que a ti y a mí nos duela debemos aceptarlo. Tú eres bienvenido todas las veces que quieras, sabes que te quiero, eres un gran chico —acunó mi mejilla como una madre lo haría con su hijo—, así que para mí será un placer verte, saber de ti... Sin embargo —quitó su mano desviando la mirada—, no hablaré de ella, tanto a ti como a mí no nos ayuda y lo cierto es que te puedo jurar que está bien, está haciendo su vida en Monterrey y si lo que piensas es ir a buscarla —me miró suplicante—, no lo hagas, para ella tampoco fue fácil, y no quiero verla sufrir nuevamente... Ella decidió, eligió, debemos respetarla —cada palabra dicha ese día dolió tanto como si una herida abierta, con las venas y los huesos al aire libre, hubiese sido curada con alcohol, por mucho tacto que empleó, la sensación fue esa...

Sus palabras retumbaban en mi mente... *Jamás te mentí, nunca, y es una lástima que las cosas terminaran así... Pero ¿sabes? No me interesa, jamás debí conocerte, jamás debí haber venido aquí... Jamás, Liam, porque aunque fui muy feliz, nada es comparado con este infierno... Piensa lo que quieras... No tiene caso intentar que cambies de opinión... Solo espero que nunca comprendas mis razones.*

¿Cuáles malditas razones? Ya había descartado a Roger. Si hubiese pasado algo grave con ella su madre lo sabría y no era así, incluso, en algún momento de locura llegué a pensar que alguno de mis

padres... pero después de darle vueltas, incluso con Kellan a mi lado, llegamos a la conclusión de que eso era imposible, nunca estaban ahí, además, Kya me lo hubiera dicho, no existían secretos entre nosotros. O eso pensé, obviamente, jamás pasó por mi cabeza una monstruosidad como esa. Yo no pienso de esa manera. Además, por mucho que no los tolerara... mi madre se mostró asombrada cuando supo sobre mi ruptura y mi padre... no, eso no le quitaba el sueño. Después de todo Richard llegó a andar con una chica que no les parecía y no hicieron mayor drama que lo hecho conmigo, ni siquiera eso les importaba lo suficiente sobre nosotros.

Ese verano decidí que no regresaría en un tiempo; mis padres ya me tenían hartos, mareados y hastiados, por otro lado, mi mente y mi alma necesitaban con urgencia la distancia, la lejanía.

Así lo hice.

8

OBJETIVOS

Llevaba dos años en la universidad, tres de no saber nada de Kya. Sí, tres de los cuales los 1.095 días pensé en ella, evoqué sus ojos miel, su piel suave y esa boca que me mantenía bajo un hechizo interminable. Sin embargo, era un chico ya como cualquier otro... O lo más similar a eso. Iba a fiestas, bares, tenía amigos, salía con chicas e incluso ya había besado a un par con las que intenté emprender una relación. Sí, así fue... y no diré que casi vomité en el acto, ambas eran bonitas, amables, sonrientes y agradables, pero... no eran ella, así de simple, así de complejo. Cuando me abrazaban deseaba quitarlas pues no lo hacían con esa vehemencia que añoraba. Cuando me sonreían, no tenían sus dientes, su preciosa y carnosa boca. Cuando me miraban, no llegaba la tensión a mi alma, no generaban un *electroshock* a mi corazón, no sentía cómo mis neuronas me ordenaban frenéticas que la aferrara y no soltara jamás, no, nada de eso. Por lo mismo no duraba más de unas cuantas semanas en las que yo terminaba pidiéndoles ser tan solo amigos.

No, aún no estaba preparado y comenzaba a temer que eso durara mucho más, y no por el hecho en sí, sino por lo que implicaba. Yo guardaba una especie de fidelidad al recuerdo de una chica que me dejó, que me rompió en miles de pedazos el corazón, y de la cual no sabía absolutamente nada.

En cuanto mis padres retiraron su apoyo, decidí, por obvias razones, buscar trabajo. Ahí fue cuando René me pidió que le ayudase en cosas referentes a sus negocios y que, a cambio, me daría un sueldo. Me pareció justo, aunque ya me sentía en deuda con él por la universidad. No obstante, con el promedio que llevaba, solicité beca académica al terminar el primer año; iba decidido a

conseguir lo que pretendía, nada me detendría de lograr mis objetivos, los que por lo menos sí podía tener en la vida.

La conseguí.

Mi tío se mostró admirado y orgulloso de mi proceder. Reconocimiento, y que alguien, que no fuera ella, creyera en mí, eran cosas que me hacían sentir fuerte.

De manera similar fue como logré llegar al último semestre. Primavera, verano, otoño e invierno fueron sucediendo sin poder evitarlo, sin prestarles mucha atención.

Un sábado por la tarde, justo un par de semanas de comenzar la recta final de la carrera, revisaba unos documentos en mi ordenador en el estudio de casa de René, que se situaba a unos kilómetros de la ciudad, en el campo. Ahí solía pasar los fines de semana cuando no tenía algo que hacer, y las vacaciones sí es que no decidía que lo acompañara a algún lugar debido a los negocios, donde terminábamos divirtiéndonos como dos niños. Mi vida era normal, más que eso, poco a poco se iba convirtiendo en lo que deseaba... aunque el vacío continuaba, asombrosamente intacto, después de casi cinco años.

No había intentado nada más con nadie, pues odiaba pensar que jugaba con sus sentimientos, pero por mucho que intentaba ir más allá, algo, que no comprendía qué era, me frenaba. Las comparaba una y otra vez hasta el punto de evocar más a Kya cuando estaba con alguien, que olvidarla.

¿Patético? Sí, ¿Enfermizo? También, pero respecto a mi teoría de los círculos no cerrados. Por esta razón la mencionaba, todo entre ella y yo quedó así, abierto, como una herida expuesta. Mis dudas seguían viviendo muy dentro de mi mente, siempre presentes como un foquito rojo que permanecía prendido, a pesar de los años. No obstante, era feliz a mi manera, sobre todo cuando me encontraba haciendo cosas que ambos deseábamos, cosas que... me acercaran a lo que hubiera sido mi vida si la hubiera tenido cerca, mirándome por debajo de sus pestañas o atrapando uno de mis labios entre los suyos.

—Will... —nadie ahí me llamaba Liam, salvo la gente de Myrtle Beach, decidí que prefería escuchar un nombre diferente al que solía emplear cuando me sentía completo, feliz. Me recargué en el mullido asiento alzando la vista. Era René—. Deja eso ya, descansa un poco... ¿Por qué no das una vuelta o no sé, algo más propio de un chico de casi veinticuatro años?... Siempre te veo trabajando, absorbo en las cosas de la empresa —se sentó frente a mí sonriendo con una copa en la mano.

—Esto es importante, René... los costos se pueden elevar —meneó la cabeza satisfecho.

—Has aprendido demasiado rápido y demasiado bien... Pero...

—Pero es lo que deseo, así me siento contento —le hice ver, poniendo mis dedos sobre el puente de la nariz, me sentía algo agotado.

—¿Qué clase de jovencita logró que un chico como tú le guardara este luto por tanto tiempo?
—Enseguida me tensé.

Él lo notó—. Sí, te veo ir y venir, sé que haces una vida no sé, en general normal, sin embargo, algo te frena. Has madurado mucho más rápido que los chicos de tu edad, eres incansable y parece que haces todo con un único afán, como si al llegar a ese objetivo el resultado fuera lo que tanto buscas.

—Tío, prefiero no hablar de eso... —admití desviando la vista hasta la ventana. Afuera estaba nevando, el paisaje era blanco, digno de una postal y yo... solo podía ver sus ojos miel, sentir su calidez. Kya seguía viva en mí... Era tan agobiante y bochornoso, sin embargo, no lograba que fuera diferente. La distancia que puse entre Myrtle Beach y yo no sirvió de mucho, o mejor dicho, de nada. Daba igual, residía en mi alma, en cada cosa que hacía, lo primero que pensaba al abrir los ojos era en ella y lo último también. No era normal, no tenía lógica, peor, no estaba bien. Aun así, no me sentía libre, ¿me explico? Era como si mi cuerpo, mi mente, mi alma siguieran a su lado, y no me permitían abrirme a ninguna experiencia con nadie más... ni de forma carnal ni de forma sentimental...

Sí, patético, penoso, vergonzoso e irracional. Pero... mi realidad.

—Debió ser una gran chica para que la sigas recordando de esta manera —lo miré serio.

—No logro hacerla a un lado, no sé por qué... Por lo mismo prefiero no hablar de ello...

—Entiendo... aun así, hijo mío, no puedes seguir anclado en alguien que ya no está... —lo observé darle un trago a su bebida, pensativo.

—¿Las fotos de esa mujer que tienes en tu habitación? ¿Quién es? —Quise saber intrigado, deseando cambiar de tema con urgencia. Ya vivía en mis pensamientos, su presencia era inherente a mí, como para que además, la trajera a lo real, a las palabras.

—Dime su nombre y yo te digo el suyo... ni creas que no te he visto mirarla por horas en el ordenador y bueno, no te puedo juzgar, la niña es muy bonita, angelical en realidad... —apreté la mano en un puño. Sí, así era ella y esa foto, en especial, la adoraba; estaba tendida sobre la arena bocabajo, con sus brazos en su barbilla, no llevaba ni siquiera máscara, mientras el viento despeinaba su largo cabello. Cuando la miré así, preciosa, le tomé esa foto muy de cerca, ella me observaba a mí, no al móvil, y juro que eso se ve en la imagen. Tantos recuerdos, tantos momentos y todos seguían ahí, en el mismo sitio.

—Kyana —sentí la garganta arder al nombrarla en voz alta. Sonrió complacido.

—Becca —se refería a esa mujer de cabellos rubios y mirada chocolate que figuraba en casi todos los portarretratos de su habitación.

—Dijiste que un día me contarías tu historia...

—Y lo haré, solo que tengo una condición, aunque debes saber que si no aceptas, las cosas entre ambos seguirán como hasta ahora, Will. Para mí tú eres como ese hijo que siempre deseé tener. Eres un chico muy inteligente, demasiado, en realidad. Veo tus agallas, eres centrado y noble, no sé

cómo mi hermano logró criar un hijo así, o es probablemente porque no lo hizo... Pero... como sabes no tengo descendencia y desde que apareciste mi vida ha cambiado... Así que... quiero que sepas que... he decidido dejarte todo lo que poseo a ti —abrí los ojos de par en par, mudo de la impresión.

—René, no, no es necesario, créeme ya has hecho mucho por mí, sabes que eres como mi padre, no hay necesidad de esto —sonrió negando, dándole otro trago a ese líquido que seguro calentaba su garganta.

—William, te he visto luchar todo este tiempo, buscar salir adelante, a pesar de la resistencia que ese par te ha puesto. Eres fuerte, decidido, aguerrido, un hombre a tu corta edad y... no puedo encontrar a alguien mejor para que se haga cargo de lo que he construido. Pero tranquilo, aún no muero... —se carcajeó. Arqueó una ceja—. Lo que en realidad quiero, si tú estás de acuerdo, es que vayas aprendiendo a manejar todo esto. Quiero convertirte en el presidente de todo lo que poseo, de las fábricas y las empresas. Tú tienes la vitalidad, las ideas, eres un genio con los números, sabes lo que haces, eres honesto y bondadoso, te deseo ahí. ¿Qué dices? ¿Quieres que te enseñe a trabajar tu legado? Porque eso no lo cuestionaré, eres mi heredero, William —no supe qué decir. Eso era mucho más de lo que podía imaginar, de lo que consideraba, merecía—. Solo queda este semestre, y... después podrás estar de lleno en esto. ¿Lo deseas?

—René... yo...

—¿Sí o no? Así de simple, ya te dije que eres como mi hijo, yo soy como tu padre... no es tan complicado, Will.

—Gracias, y claro, sí, claro que acepto, será un honor —se bebió todo de jalón carraspeando feliz.

—Perfecto, ahora que nos entendemos, hay cosas que debes saber... cosas que no te he dicho y que creo que después de lo que has vivido no te harán cambiar de opinión, pero que tienes que conocer —se levantó, se sirvió otra copa y me tendió una a mí. La agarré sentándome sobre el escritorio, mientras lo observaba dar vueltas por el agradable lugar—. William, no soy un ser que le guste dañar, o afectar a las personas, sin embargo, tampoco soy un pusilánime o un idiota. Becca fue esa chica que iluminó mi vida, la conocí en Harvard, el primer año... —me narró todo con detalle, y aunque sonaba duro, lo decía firme, sabía que le dolía cada palabra que pronunciaba. Al escuchar lo que mi padre le hizo me quedé asombrado, la chica de repente, sin más, se fue, se esfumó, desapareció... ni un mensaje, ni un adiós, nada.

Por un instante, llegó a mi mente Kya, pero la pude hacer a un lado casi de inmediato, ella se lo hubiese contado a su madre, no sé, ella... me lo hubiera dicho a mí. Tuvo todas las oportunidades del mundo. Por otro lado, no desapareció, me terminó, me lo repitió hasta el cansancio, una y otra vez. Y aunque estaba convencido de que algo le ocurrió para que cambiara así de parecer, no imaginaba una atrocidad de esa magnitud, de haberlo creído hubiese agarrado el primer vuelo y la

hubiera secuestrado importándome una mierda que se opusiera y la hubiese hecho hablar aunque fuera bajo presión.

No lo hice, no creí que se tomaran la molestia por mí de llegar a tanto. A mi padre mi vida parecía que le daba lo mismo y... nunca le dio mayor importancia a lo que me ocurría. Digamos que de sus prioridades yo me encontraba siempre entre las últimas cincuenta. No como a esa mujer de la que mi tío estuvo enamorado, por ella sí que tuvieron peleas, incluso llegaron a los golpes y en medio de eso, mi padre aprovechó su ausencia para alejarla de René, llevando a cabo todas esas bajezas.

¿Ingenuo? Sí, demasiado. ¿Imbécil? También. La verdad estaba ahí, frente a mí, burlándose de mi vacío emocional, del dolor que causaba su recuerdo. Mi ángel, pasando por todo aquello sola, valientemente, con su cabeza en alto, enfrentando todo, llorando en silencio, y ahora que conocía su sentir todo dolía aún más. Su desesperación, su dolor. Nueve años arrebatados, robados.

Aprieto los puños cerrando los ojos para que el ataque de ira vuelva a pasar, porque sí, todo este tiempo, de manera oculta, me he sentido responsable, culpable. Debí dejar volar mi imaginación, pensar en las peores bajezas, debí buscarla, debí exigirle una explicación, debí... debí saber que desde que posé mis ojos en esa criatura llena de luz, mi mundo, mi entorno, podría destruirla como ocurrió. No lo hice, a lo mejor por egoísmo, a lo mejor porque de verdad nunca pensé que algo como eso podría pasar, lo cierto es que ella no es la misma. Si bien es fuerte, decidida, aprensiva como antes, sonrío todo el tiempo y somos felices, demasiado; pero cuando viajo, cuando hablo con Richard, cuando... ve algo relacionado a... mis padres en el televisor, se abstrae. Ahora sé lo que evoca. Cuando no duermo aquí, cosa muy poco común, más aún cuando está embarazada, ella no logra descansar, y si soy sincero, yo tampoco. Siempre nos enviamos un mensaje para saber si estamos despiertos, cosa que sabemos de antemano es para conversar por horas en la tableta, viéndonos el uno al otro en la madrugada. Sí, esas son secuelas de aquel tiempo, de lo vivido, del dolor que por mucho que perdone, como ella me pide que haga, no lograré olvidar.

Jamás nada ni nadie volverá a acercarse ni un poco a mi familia, sé que puedo convertirme en la peor versión de mí mismo si lo llegan a intentar, los protejo y lo haré mi vida entera, pero la cicatriz permanecerá a pesar de que haga eso y el tiempo pase.

Y bueno, tengo que admitir que no entiendo aún como no lo vi claro. Cómo no lo deduje, pero es que la indiferencia paternal que vivía era tal que no le encontraba sentido. Por otro lado, debo confesar que con el tiempo lo que creí fue que Kya se sintió abrumada, que la hice sentir sofocada, atada a algo de lo que ya no estaba tan segura. Sus palabras de aquel día cuando comenzamos siempre las recordaba; ella disfrutaba su tiempo y odiaba que la asfixiaran. Aunque nunca creí que yo le estuviera generando eso mientras estuvimos juntos, una parte de mí siempre temió que llegara a suceder pues la dependencia crecía con cada

segundo que pasaba a su lado, al grado de permanecer casi todo el tiempo juntos. Probablemente una charla con sus padres, con sus amigos, algo que le hizo sentir miedo a esto tan grande como lo que experimentábamos, y vaya que era enorme, casi cinco años sin verla y yo seguía enamorado de ese ser que abrió mi corazón y mi alma.

—Todo esto te lo digo porque los he investigado, he estado reuniendo con paciencia y años, pruebas e información por si se presenta el momento, hundirlos. Sé que son tus padres, por muy mal que las cosas estén entre ustedes y lleves algunos años sin verlos, te lo tenía que decir... Tengo invertido mucho dinero en ello, gente que trabaja pisándoles los talones desde algún tiempo y... sé que encontraré aún más. No te diré lo que he averiguado, eso si no lo haré. Pero debes conocer mi postura, yo jamás podré perdonarle lo que me hizo, lo que le hizo, Becca sufrió demasiado y eso ni muerto se lo disculparé. Así que ya lo sabes, si tengo la oportunidad algún día les haré pagar las lágrimas que provocó a mi mujer —lo observé pasmado.

—Siento mucho todo eso, René y... solo te puedo decir que esas son tus decisiones, yo no quiero saber, pero tampoco quiero interferir... haz lo que quieras lo respetaré.

—Creo que eso es lo más sensato, yo te mantendré ajeno a esto, no tocaré el tema, así será más sencillo para ambos, después de todo es tu padre... Y aunque creo que le queda gigante esa palabra, no quiero involucrarte, ya bastante tienes con todo lo que has pasado por ellos.

Jamás se volvió a tocar el punto. Nunca por los siguientes cuatro años y medio, tiempo que me demoré en ser feliz nuevamente.

Ese año acabé la carrera y con ello llegó una decisión; Myrtle Beach era mi mundo, mi lugar, mi sitio y no permanecería lejos, adoraba el mar de allí, cada detalle, mis amigos que seguí viendo en otros sitios. Deseaba regresar... aunque radicara por ahora en Boston, pues la empresa era mi todo, desfogaba mi mente, mi energía y mi frustración canalizándola de una manera correcta.

Jamás volví a casa de mis padres, aunque si sabía que no se encontraban visitaba a Fanny. Por otro lado, también frecuentaba a Irina. Sí, ella y yo siempre mantuvimos un vínculo muy estrecho, incluso a veces le llamaba solo para saber cómo se encontraban. Cuando iba hacía ese café que adoraba y nos sentábamos en la terraza a conversar de su vida, de la mía... Pero nada sobre ella, sobre esa chica que aún vivía en mí. Supe que al principio mis amigos también hicieron sus intentos por averiguar el paradero de Kyana, fue asombroso cómo su llegada esos meses cambió radicalmente el rumbo de nuestras vidas. Ella logró unir con su presencia, con su ingenuidad, aquello que estaba roto desde hacía un tiempo. Y gracias a eso ahora sabía que estaba rodeado de gente que de verdad le importaba lo que me ocurría. Sin embargo, otra cosa que no comprendía era por qué a ellos también los dejó de lado, era como si repudiara todo lo vivido ese tiempo aquí, en esta playa, en este condado. Si Kyana viajó aquí esos años no lo supe, los chicos tampoco, pero algo me decía que no era así, su ausencia era palpable, su vitalidad no corría por el aire de aquel lugar como solía y yo seguía recordándola cada día.

ARRUINADO

Verano, otra vez. Seis años.

¿Era feliz? Sí, no lo negaré, pero de una forma plana, luché demasiado para llegar a eso, así que lo disfrutaba. Kya seguía siendo un recuerdo presente, tangible.

En algún punto, en medio de algún momento donde la evocaba ya exhausto, decidí que me sería más sencillo asumir lo que en realidad pasaba y dejar de pelear con ello. Así que me rendí e imprimí esa fotografía de ella en la playa, la mantenía en un portarretrato grande al lado de mi cama en ese apartamento que compré cerca de la zona financiera de la ciudad. Sí, me iba asombrosamente bien, ya llevaba casi por completo la compañía pues René decidió viajar ese año para ponerme a prueba. Mi sueldo era de varios ceros, pero además, yo era el que tomaba ya las decisiones. Aunque no deseaba independizarme del todo, por ello le consultaba a él, cuando lo creía necesario. No obstante, él creía en mí, y debo admitir que no erré. Me enajenaba el lugar, todo era emocionante y eso era algo que yo buscaba en todo momento; vivir, sentir con intensidad, porque era como si esa parte de mi vida permaneciera apagada o en pausa.

Acababa de cumplir veinticinco, mi vida era mejor de lo que había planeado, aunque algo sería y ocupada. Iba y venía sin parar en vuelos privados, y cuando tenía un descanso, me perdía en esta playa con nostalgia —y si he de ser sincero, con algo de rabia—. Ya había ido a un par de psicólogos y nada cambiaba, ella estaba ahí, la amaba loca y desesperadamente, la necesitaba y eso me consumía. Yo estaba convencido de que tenía un severo problema, como quien tiene un trastorno psiquiátrico, de la misma forma me sentía, así que decidí que aprender a lidiar con ello, era lo mejor.

Kellan y Emma se casarían en un par de semanas, hacía algunos meses yo le ayudé a preparar toda la sorpresa para pedirle matrimonio. Era curioso, pero con el tiempo los chicos fueron regresando ahí, al condado. Max continuó con el despacho de asesoría jurídica de su padre. Lana abrió una repostería. Luck vivía la felicidad de ser soltero y también le iba muy bien, pero radicaba en Miami. Kellan regresó para asumir el negocio familiar que era importante ahí, por lo que ya residía de lleno, junto a Emma, en Myrtle Beach. Robert trabajaba en la constructora de su familia, Annie y Emma estaban por inaugurar una tienda de ropa en un centro comercial, la segunda de hecho, ya tenían varias a lo largo de la costa este de Estados Unidos, así que tanto la sociedad como ubicar ahí la sede le quedaba de maravilla pues... al final Robert y Annie admitieron que desde siempre había existido algo entre ellos. Los demás iban y venían con mucha frecuencia, lo cierto es que sabía bastante de todos, incluso de los del equipo. Verlos satisfechos con sus vidas era genial, pero un recordatorio constante de que yo no tenía lo que había soñado hacía tantos años.

Presa de aquella enfermedad que tenía dulces ojos, boca carnosa y nombre único, decidí nuevamente darme una oportunidad, por mucho que estuviera en mis venas, la vida continuaba y yo debía hacerlo con ella, ¿no?

Así fue como en la boda de mi mejor amigo conocí a una chica. Rubia, de ojos verdes, guapa, alta, de figura estilizada. Debo confesar que no la noté, como no solía observar a ninguna joven... su nombre era Jessica. Se acercó a mí mientras reía con Susan de alguna tontería. Me invitó a bailar con una sonrisa torcida, acepté, como solía. Movimos nuestros cuerpos y conversamos toda la noche entre copas e intercambios de miradas. Era agradable, trabajaba en una empresa de *marketing* e iba y venía con frecuencia. Conocía a Emma de la universidad. Muy simpática, alegre, extrovertida. Sin percatarme, varias horas después, me encontré sonriendo a su lado mientras caminábamos por los jardines del lugar donde fue el evento.

Cuando la fiesta terminó me ofrecí a llevarla a su hotel. No quedaba lejos del apartamento que tenía ahí para mí, pues Boston y Myrtle Beach eran los dos sitios donde permanecía la mayor parte del tiempo. Aceptó sin más. Al llegar y abrirle la puerta del auto nos observamos unos segundos, como sopesando lo que vendría y... nos besamos. Fue... extraño, demasiado, en realidad. Sentí esa onda cálida viajar por mi cuerpo como cuando besé a otro par de chicas en la universidad, no obstante, no llegaba el deseo de ir a más. Pero de pronto ella se separó colocando sus manos sobre mi pecho, miró hacia un lado, nerviosa.

—No me gusta correr —admitió con las mejillas encendidas.

—A mí tampoco —admití nervioso, aunque ya saben, sin mostrarlo. Me sentía un adolescente, era espantoso, pero no sabía cómo actuar, qué hacer ante una chica que sí, me gustaba. Yo con mis recién cumplidos veinticinco me sentía de doce, pero eso no era lo peor, sino la culpa, el sentir que la traicionaba, que... le fallaba. Decidí, por primera vez en todo ese tiempo mandar al demonio eso y me dejé llevar, ansioso por volver a sentir algo, lo que fuera. La odiaba porque no me permitía ser libre, su recuerdo no se marchaba de mi mente y a todas, sin excepción, las comparaba, de hecho, en ese momento me encontré haciéndolo y preguntándome por qué no tenía los ojos miel, o por qué no se aferraba a mi camisa con esa urgencia, por qué era tan alta, mejor aún, por qué no tenía esa boca por la que gustoso hubiese vendido mi alma al mismísimo diablo con tal de probarla una vez más.

No, no más, si ella me olvidó con esa facilidad, si ella me abandonó dejando todo así, abierto en mi pecho, yo buscaría cerrarlo de una maldita vez y me juré que lo conseguiría.

Jessica y yo comenzamos a salir, ella permaneció ahí unos días más en los que nos divertimos, le mostré el condado y sus alrededores. Siempre acompañado de esa sensación molesta, era como si mi ángel se convirtiera en mi demonio personal y me estuviera observando con rencor, con acusación. Mierda, era espantoso y me hacía sentir que estaba listo para internarme en alguna clínica de salud mental. Lo mío ya era un trastorno que incluso nombre tenía, un terapeuta ya no era

suficiente, mi mal era crónico. En fin, ni así me detuve, avanzaría a pesar de mí, a pesar de ella, a pesar de que continuara intacto, vivo, lo que habitaba en mi interior.

Los chicos, por supuesto, se mostraron demasiado complacientes con la chica, era evidente que también deseaban que dejara de lado ese recuerdo que me mantenía célibe.

La cuarta noche, cuando terminábamos de cenar... en medio de aquellos besos que cada día subían de intensidad, sin saber cómo, me encontré en su habitación con ella rodeando mi cuerpo excitado, con el corazón bombeándome la sangre rápidamente. Pronto la ropa comenzó a sobrar, me encontré desnudo en un santiamén, no quise pensarlo demasiado, la temperatura subía y era hora de aventarme de una maldita vez.

El encuentro no fue asombroso, tampoco algo que desee recordar. Envuelto en la neblina que genera el placer, un par de pozos miel decepcionados me acechaban, yo luchaba por no verlos, trataba de ignorarlos besando a aquella chica con mayor necesidad. Cuando al fin la tomé... no hubo nada. No llegó ese cúmulo de sensaciones que solía sentir cuando me encontraba en su interior, no logré sentir que estallaría por dentro al verla gemir arqueada bajo mi cuerpo, no apareció jamás la sensación inigualable que me brindaba el saberla tan mía como de nadie, comprender que por algunos minutos ese ángel que adoraba se volvía parte de mi cuerpo, que esos gritos que salían de su garganta yo los provocaba, que sus dulces piernas me apresaban, demostrándome que no permitiría que me alejara tan fácilmente. Terminó todo así: plano. Ella lo percibió. Después de ir al baño regresé a buscar mi ropa con cierta premura. No podía pestañear, ni siquiera respirar.

—Will... —alcé la vista intentando disimular lo que en mi interior sucedía. Después de seis años logré estar con otra mujer y... me sentía miserable. Se levantó, buscó algo que ponerse encima y se sentó en la orilla del colchón confundida. Mierda—. ¿Qué sucede? —Pff, perfecta pregunta, con una estúpida respuesta—. Tú... ¿tienes a alguien más? Si es así la verdad es que este papel no es el que me agrada...

—Por supuesto que no, jamás haría algo semejante —desvió la mirada.

—Parece que fuiste... infiel —soltó con voz queda. Negué débilmente.

—Lo siento —susurré frotándome el rostro. Jessica se levantó y se ubicó frente a mí.

—¿De qué? Somos adultos y por lo mismo creo que es importante ser claros. Tú me gustas... ¿A quién no? Pero es evidente que estás solo por algo... Esto que ocurrió, no sé... parecías preocupado, atormentado...

—No es así, Jess —mentí, culpable.

—No sé qué guardes en tu corazón, llevamos muy poco de conocernos y sé que dije que no me gustaba correr, lo cierto es que me atraes demasiado, así que quisiera que fueras sincero... ¿Esto tiene alguna posibilidad? —La observé detenidamente por un segundo deseando decir que «no»,

que yo no lograba olvidar a alguien, pero no podía seguir así... Asentí usando solo la razón. Sonrió complacida para después darme un beso en los labios.

Ella trabajaba para buena o mala suerte en Boston. Sin embargo, al mes de aquello, todo acabó. No podía, no lograba sentir nada, y por si fuera poco, el intentar hacerla a un lado, solo lograba que regresara con mayor fuerza. Ya todo parecía el recuerdo de un sueño muy lejano, sin embargo, dolorosamente presente.

Mientras todo eso ocurrió, curiosamente conocí a un ejecutivo en una junta, después de una conversación sin pretensiones, descubrí que era mexicano. Algo de pronto se activó en mi interior, un interruptor que me brindó sin saber por qué una chispa de alegría.

Congeniamos de inmediato, era bueno en lo que hacía y no llevaba mucho tiempo en la empresa. Una tarde, mientras discutíamos algo sobre los costos de ensamble, dijo una expresión en español, y de inmediato me encontré pidiéndole un favor. Quería aprender a hablar ese idioma, pero no el que enseñan en las escuelas, sino de verdad, el coloquial. Fue divertido. Fascinante, a decir verdad, pues mientras la relación con Jess se iba a la mierda yo pasaba varias noches en una taberna cercana a la compañía, aprendiendo aquella asombrosa lengua en la cual le hablamos ahora a los niños con frecuencia, pues ambos deseamos que tengan los dos idiomas, y que posean las dos nacionalidades.

Durante el invierno, en una fiesta organizada por la compañía, que tenía como propósito recaudar fondos para madres en situación crítica, conocí a otra mujer. Ella era parte del comité organizador. Guapísima, cabello negro hasta los hombros, ojos redondos y enormes, sonrisa seductora y cuerpo de miedo. René me la presentó, era hija de un hombre acaudalado, pero no se comportaba como tal. Esa noche fue divertida, reímos y conversamos sin cesar. Era inteligente, de humor torcido, imposible no pasársela bien a su lado. Estilizada, elegante.

Esta vez me atreví a ser yo quien daba el primer paso. Le pedí su número y fui yo quien la llamé para salir. Existía atracción, no lo negaré... así que la tercera cita terminó en su cama. Sí, y varias subsecuentes. Era en serio bella, divertida, ocurrente y la pasábamos estupendo. Gran conversadora, culta; una mujer con grandes metas. Pero por mucho que fuese el alucine de cualquier hombre, no lograba equiparar ni un poco lo que aquellas pequeñas manos despertaban en mi piel.

Su pasión era arrebatada, la mía igual, sin embargo, mi cuerpo no se dejaba llevar como mi mente pretendía, siempre me limitaba, conservaba algo solo para mí o, mejor dicho, algo que en realidad no me pertenecía, pues ahora comprendo, era de ella, de Kya, ella me lo arrebató aquella noche en su casa, la última que la tuve dispuesta ante mí, que la sentí vibrar ardiente bajo mi tacto. Esa noche que la exploré como nunca antes, con mis manos, con mis labios. Esa noche que le acabé de entregar mi alma en aquella playa cuando la luz de la luna nos bañaba de esa forma etérea. Esa noche me arruinó definitivamente para cualquier mujer, porque si bien yo le hice el amor como jamás se lo he hecho a nadie, ella también a mí. Me adoró con vehemencia, con sus ojos cargados

de anhelo, de deseo, de ansiedad por arrancarme cada gemido y rugido que escapó de mi garganta al sentir sus labios de seda explorarme de aquella manera. Sentí cómo mi desespero la ponía al límite y sin esforzarme demasiado podía aún evocar cómo fue hacerla mía después de aquello, un cúmulo de sensaciones explotó en ambos. Tanto que duramos sobre su cama varios minutos sin poder hablar, atónitos por lo que acababa de ocurrir, esa noche no intercambiamos solo deseo, no fue solo pasión, esa noche se fundió algo más que todo eso, esa noche nos hicimos uno, uno de verdad.

Katherine, como se llamaba la chica con la que salía. No tardó mucho en darse cuenta de que las cosas conmigo no llegarían a más, y es que, aunque daba lo suficiente, no estaba involucrado, no como a cualquiera le gustaría, como ella se merecía. Así que, también terminó.

Mi mujer, mi esposa, mi amiga, mi amor eterno se coló en mi ser como una medicina en el torrente sanguíneo curando cada herida, quitando cualquier malestar. Kyana es esa parte de mi vida que me hace funcionar de todas las formas posibles. Es mi gasolina, mi chispa, mi interruptor y mi mundo. Cada vez que la veo dormir o conversar con uno de nuestros hijos, para hacerles comprender que hicieron algo mal; que toco su delicada piel; que me mira de esa forma; que nos entregamos al placer sin imitarnos jamás; que comemos en la mesa junto a los chicos en medio de risas; que jugamos, que reímos, que salimos, que nadamos, que... nos miramos..., que pruebo y torturo esos carnosos labios y que se aferra a mí como si el bienestar de la Tierra dependiera de ello; comprendo por qué fue tan agónico todo ese tiempo, porque soy solo de ella, porque será así siempre.